AUNQUE TODOS... YO NO

Manuel Gonzalez



Biblioteca de formación para católicos

Prólogo al que intente leer

1. *Siendo el tiempo cosa de tan subido precio y el perderlo falta tan deplorable, quiero hacer una advertencia honrada con el fin de que por la lectura de este libro nadie caiga en esta falta.*

Lector,

Si eres hombre sin fe y a semejante desgracia, la mayor de todas, añades la no pequeña de no tener corazón, cierra este libro, y déjalo, que no se ha escrito para ti. Perderías el tiempo.

Pero si tienes la dicha de ser hombre de fe y corazón, aunque guardes aquélla entre cenizas de disipación y vanidades y lleves éste estropeado por los azares de la existencia, pasa adelante y lee, que el tiempo que en ello empleares, tiempo fecundo será. Y ya para tu gobierno y a guisa de iniciación ruégote que pares mientes en el título de este libro que aunque un tantico contrario a las leyes de la concisión, vigente en estos casos, ha sido preciso para dar a conocer en un solo renglón todo lo que trata de decir.

2. *Ese **AUNQUE TODOS... YO NO,** es la palabra de la lealtad a toda prueba, hasta llegar, si es preciso, a la terquedad heroica de perder la vida antes de dejar de guardarla.*

Es la gota de bálsamo que Dios bueno deja llegar al corazón de los injustamente condenados y es la mano airada que abofetea la cara de los tiranos y perseguidores injustos.

Es la fórmula de los corazones viriles y grandes, que no se ablandan ni ante el soborno ni ante el éxito, corazones de roca ante la dádiva del vencedor y de carne para la compasión hacia el vencido.

Esa palabra no es ciertamente palabra de esclavo, sino de señor. No es palabra que pronuncian ni entienden los cobardes, los egoístas y los comodones, sino los esforzados y abnegados.

Es, por último, y ¡qué triste es esto!, la palabra de **los menos**, *y, si me aprietas, te diré que de* ***los muy pocos***, *que la historia y la experiencia enseñan que no están* **los más,** *por esas escabrosidades y contramarcas de la lealtad a todo trance.*

Por eso

3. *lector querido, preveníate al comenzar, que si no andabas muy allá de corazón, dejaras estos renglones escritos para arrancar lágrimas de compasión y rugidos de indignación por una deslealtad que se está perpetrando ante nuestra vista y para levantar un ejército de desagraviadores de ella.*

Estas páginas

Llevan el propósito de poner a los hombres de fe y de corazón enfrente de un mal que no sé cómo llamarlo y que después de llamarlo con todos los nombres malos de la tierra, todavía no lo habría hecho adecuadamente.

¡Él abandono del Sagrario!

Es decir, la repetición constante para el Corazón de Jesucristo de lo más triste de su Evangelio.

Es Belén, su pueblo, con sus puertas cerradas, y sin un rinconcito para que nazca. Es Nazaret, la tierra de casi toda su vida, intentando arrojarlo desde lo alto del monte. Es Jerusalén, el gran teatro de sus milagros, dejándolo sin comer y sin casa para dormir el mismo Domingo de Ramos. Es el **abandonándolo, todos huyeron** *de la noche de las agonías del Huerto. Es el desconsolador y*

tristísimo ***vino a los suyos y los suyos no lo recibieron*** *del Evangelio de san Juan repetido todos los días en miles y miles de Sagrarios en donde vive la mismísima Víctima de aquellas deslealtades.*

Yo temo

4. *que al leer la palabra "Sagrario" en este prólogo, algún espíritu de fe superficial bostezando diga: ¡bah! ¡cosas de mística! ¡entretenimiento para devotas! Esto no es para hombres de negocios, de estudios... No, hermano mío, le diría yo: no es cosa de mística, ni ascética, sino de justicia seca, de lógica, de razón y de buen sentido lo que aquí se trata.*

5.- *Lo que aquí se busca es acabar con ese contrasentido y contra derecho y contra razón que envuelve el creer que Jesucristo está realmente presente en el Sagrario todo el día y toda la noche y lo mismo en el de la artística y suntuosa catedral que en el de la ruinosa y misérrima iglesia de aldea y dejarlo solo noche y día.*

¿Es leal,

es justo, es lógico ese proceder?

¿Qué fe es ésa que no hace caso de lo que cree o qué corazones tienen los hombres de esa fe?

Lógico es que el pagano, el judío, el hereje, el impío, vuelvan las espaldas al Sagrario. ¡No creen! Pero que las vuelva y viva como si no existiera el que sabe tan cierto como lo más cierto que sepa, que detrás de aquella puertecita dorada vive el Jesús del Evangelio con todo su poder, con todo su Corazón, con toda su misericordia..., ¿puede eso justificarse? ¿o por lo contrario, hay injusticia e inconsecuencia que más hagan sufrir a la divina Víctima de ellas y que peores resultados puedan traer a quienes la perpetran?

Jesús mío, ¡y son tantos y de tantas clases los que te abandonan! ¡Te ves tan solo de tus cristianos, de tus amigos de tus... ¡Te ves tan solo!

6. *De mí sé decir que considero uno de los mayores beneficios que el Corazón de Jesús me ha hecho en mi vida y ¡me ha hecho tantos y tan grandes!, el haberme llamado la atención sobre ese mal del abandono del Sagrario y dándolo a conocer tan al vivo en sí y en sus consecuencias que ya hace tiempo que consagré todo mi sacerdocio como ahora mi episcopado a trabajar, clamar y protestar en todas las formas que se me alcanzan contra ese perniocísimo mal, principio y motivo de todos los demás males sociales, domésticos e individuales.*

Ésta es la razón de ser de este librejo como lo es de cuanto escribo, hablo y proyecto, aplacar el quejido que nuestros abandonos arrancan sin cesar al Corazón de Jesús en sus Sagrarios: ***sustinui qui consolaretur...*** *(Salmo 68,21).* ***Esperé quien me consolara y... no lo hallé.*** *Cierto de que nada mejor ni más sabroso puedo desear para Él y para mis hermanos los hombres, ¿conseguiré que lleguen a enterarse éstos?*

7. *Conceda el Corazón bendito de Jesús a estas paginillas, para su consuelo escritas, el que sean* ***eco penetrante y vivo*** *del* ***sustinui*** *de sus desolaciones y de mi lema y que quienquiera que las lea, sacerdote o seglar, fervoroso o tibio, diligente o descuidado, hombre o mujer, se sienta obligado a repetir muchas, muchas veces más que con la boca, con los ojos rebosando lágrimas de desagravio y con el corazón derretido por la compasión: Corazón de Jesús Sacramentado,* ***Aunque todos*** *te vuelvan las espaldas,* ***yo no.***

*****

I. La Obra desde lejos

Mis sueños pastorales

8. ¿Quién o qué ha iniciado a usted en la campaña contra el abandono de los Sagrarios? ¿Ha sido usted víctima o testigo o las dos cosas juntas de ese abandono que tan metido tiene en su corazón y en cuanto escribe y habla? me han preguntado no pocas personas, deseosas de explicarse el tesón con que desde hace ya bastante tiempo vengo empeñado en esa empresa.

Gustoso expondré lo que pudiera llamar mi iniciación en la Obra de las Tres Marías, con el doble fin de satisfacer la curiosidad de esos amigos y de dar a este libro todo el interés de lo que se vive y de lo que se siente.

¡Dichoso yo si consigo de esta suerte iniciar a otros muchos en esa Obra tan necesaria como atrayente!

Tomando, pues, el asunto *desde lejos*, comenzaré por dar cuenta a mis lectores de una de mis ilusiones de joven. Para mí, antes de ser sacerdote, era casi un dogma de fe la *canonibilidad* de los habitantes de los pueblos chicos y de las aldeas.

9. Decir aldeano, y al punto surgir en mi imaginación un hombre robusto de cuerpo y de alma, bastote de forma y modales y sano de sentimientos, era una misma cosa. Para mí ese aldeano no tenía más que tres lugares: el campo donde le veía entregado a su trabajo, reposado, alegre, comenzado con el canto del santo Dios al despuntar el alba y terminado con el Bendito. La casa pobre pero limpia, cariñosa, en la que alternaban los besos y los gritos de alegría de los hijos con las Avemarías del rosario rezado alrededor de la lumbre. Y la iglesia, ¡ah, la iglesia! ¡qué encanto tenían para mi imaginación las iglesias de los pueblos! Cuatro paredes muy blanquitas, un altar con unos manteles muy planchados y una Virgen vestida como la más rica aldeana y adornada con las mejores flores de sus campos; y un Sagrario muy limpio, frecuentado por los mozos al terminar la faena del día y por las mozas antes de empezarla y por los ancianos e impedidos del pueblo durante el día...

¿Y los domingos? La Misa del alba oída por toda la gente campesina. La Misa mayor con la plática de padre del señor cura; con las amonestaciones de los casamientos pendientes, oídas con tímida complacencia por los interesados, con curioso interés por los demás; con su catecismo bullicioso; con su salida de Misa en la que ellas lucían sus mantones de flecos y pañuelos de seda y sus faldas rechinantes de almidón y plancha y ellos sus ternos y botas de domingo y las vistosas vueltas de la capa o los chillones colores de la faja comprada en la última feria.

10. ¡Ah, los pueblos! ¡Qué costumbres tan sanas! ¡Qué caracteres tan enteros! ¡Qué vida tan apacible! ¡Cuánta sencillez! ¡Cuánta poesía!

¡Cuántas veces

en mis ratos perdidos de seminarista, me echaba a soñar viéndome cura de uno de esos pueblecitos; querido de mis sencillos feligreses y poniendo yo al servicio de ellos mi alma y mi vida, mirándome y tratándome ellos como a padre y desviviéndome yo por ellos como hijos míos! Y ¡cómo en esos sueños amenizaba yo *mi* catecismo enseñándoles a los chicuelos nuevos juegos y estimulándolos con nuevos premios! Cómo creaba instituciones económicas en favor de *mis* labriegos para que nunca los visitara la usura, ni el hambre. Cómo echaba mis buenos ratos con los abuelitos y achacosos que no podían salir a trabajar. Cómo formaba con la gente moza, grupos de gimnastas y las fiestas que yo compondría con ellos. Y cómo gozaría cuando los viera a todos reunidos en el templo que ya me parecía reducido... ¡Y qué Comuniones y qué antesala del Paraíso todo aquello!

¡Qué bien caía en mi alma, después de estos sueños *pastorales* la descripción que de sus pueblos montañeses hace Pereda y de sus vascongados Trueba y de sus andaluces Fernán Caballero! ¿Por qué el pueblo *mío* no había de ser como ésos? ¿Por qué yo no había de ser el *don Sabas* de mi pueblo?...

Los primeros tropiezos con la realidad

11. Sonó en el reloj de la divina Providencia la hora de levantar los primeros vuelos en mi vida ministerial. Ordenado de subdiácono y diácono, fui invitado repetidas veces a asistir a funciones religiosas en algunos pueblos cercanos a mi tierra.

Y, si he de decir la verdad, me supieron muy mal las primeras salidas.

De ordinario tornaba a mi casa con una desilusión tan grande como mi alegría al tomar el tren, el coche o la caballería que me llevaba al pueblo de mis funciones.

Ansioso yo por encontrar aquel pueblo sencillo, apacible y cristiano, no acababa de ver más que ciudades en pequeño, con todas las podredumbres de fondo de aquéllas sin las buenas formas con que en la ciudad se cubre siquiera aquella repugnancia.

Unos cuantos casos:

12. En un pueblo no pudo empezar la función hasta la una del día porque no había *acabado de peinarse* la mayordoma. En otro, el predicador no podía nombrar a la Virgen de los Dolores y sí sólo a la de las Angustias, porque *el partido* de los Dolores no era el que pagaba la función. En otro, los tres Padres que oficiaban la Misa tenían a continuación que presidir la corrida de toros en la plaza del pueblo. En otro, había que predicar el Viernes Santo un sermón en la plaza a un auditorio que *no podía oír* por estar en su totalidad borracho de aguardiente. En otro, el predicador tenía que llamar *cara de perro pachón* al pregonero de Pilatos, so pena de írsele el auditorio, si no lo decía. En otro, se celebraba la Misa del Gallo, bailando las mujeres vestidas de pantalones y silbando los hombres con todas sus ganas mientras duraba aquélla...

Bueno, me decía yo, estos serán unos pocos ignorantes a los que la buena fe los excusa. Pero aparte de éstos, habrá un núcleo piadoso que comulgará y dará al Señor el culto que Él quiere: modesto, fervoroso, recogido. Pero... señor cura, ¿cuántas Comuniones habrá habido en la fiesta del Patrono? -¡Comuniones? dos, tres. -¡Ninguna!

-¿Y en el cumplimiento de la Iglesia? -Las mismas, poco más o menos. -¡...! Dios mío, si no comulgan, ni tienen vida de fe ¿cómo andará la moral y la familia y la educación...?

¡Qué descalabros tan recios iba llevando el mundo de mis *ilusiones pueblerinas* a medida que aumentaba el contacto con la realidad!

Verdad que no todo era desilusión y desencanto. Que también encontré costumbres de muy rancio cristianismo conservadas en toda su fuerza, y preciosos ejemplares de fe sencilla de corazones sanos, de costumbres patriarcales, de tipos parecidos a los soñados por mí... Pero ni esos tipos eran todo el pueblo, ni todos los pueblos conservaban esos tipos.

Todavía, sin embargo, me resistía a despojarme de una ilusión, tantos años acariciada, y siempre terminaba el resumen de mis impresiones sobre el pueblo que acababa de visitar: sí, es verdad, eso no es lo que yo he soñado, pero así no van a ser todos los pueblos. Y con relativa confianza seguía entregado a la adoración de la Dulcinea de mis ilusiones...

Allá en el fondo de mi alma, seguía en pie la iglesita blanca, más limpia y más blanca que todas las casas del pueblo; y los sencillos habitantes de éste poniendo sus flores en el altar de su Virgen y ofreciendo sus adoraciones y dando parte de sus penas y de sus alegría al Corazón de Jesús humilde y bueno de su Sagrario.

Todavía, a pesar de las quejas que a los amigos curas de estos pueblos había oído, yo seguía con mi vocación de don Sabas...

En pleno desencanto

13. Y me ordené de sacerdote y pasado el *primer cuarto* de aquella espiritualmente sabrosa *luna de miel*, me mandaron los superiores a dar una *misión* a un pueblecito [1].

Hice mis provisiones de escapularios, medallas, estampas y demás géneros de propaganda de los misioneros y ¡con qué alegría tomé asiento en el vaporcito que había de dejarme en la ribera próxima al pueblo de mi apostolado! ¡Y con qué presteza monté después en el burro que el sacristán me tenía preparado para recorrer la hora de camino que separaba al pueblo del río! ¡Qué planes tan risueños los que iba formando por el camino! ¡Cómo me lisonjeaba de ver ya en mi apresurada imaginación el templo rebosando fieles oyendo mis sermones; el *rosario de la aurora* cantado por las calles; la Comunión general, muy general, de todo el pueblo; y el gozo de mi Prelado cuando, al terminar la misión, fuese a administrar la santa confirmación y viese tan abundante cosecha...!

Vamos a ver, amigo sacristán, ¿está muy entusiasmada la gente con la misión? ¿es muy grande la iglesia? ¿cabrá mucha gente?... Y tras de esas, un chaparrón de preguntas encaminadas a enterarme bien de las condiciones y puntos flacos del pueblo de mis presuntos triunfos apostólicos.

-La iglesia, empezó a responderme con frialdad y lentitud mi acompañante, la iglesia, si le he de decir verdad, no es iglesia, o por mejor decir, ya sí es iglesia; gracias al *señó* Antonio el vaquero que se empeñó con *tós* los ricos de Sevilla y con el señor Arzobispo y hasta con la reina de Madrid y ha buscado dinero para echarle un techo nuevo en lugar del que se cayó hace unos nueve o diez años; y el suelo; y el altar mayor; y la torre; y...

-Pero, oiga usted, a la iglesia antigua ¿qué le quedaba? -le interrumpí yo extrañado.

-Pues nada, como el otro que dijo. Aquello era una grillera. Por todas partes entraba el viento y el agua. Yo ya no cerraba la puerta ni de día ni de noche, ¿para qué? si todo eran puertas y agujeros. Pero, en fin, ya hoy es iglesia. Ahora lo que pasa es que la gente se ha acostumbrado a no ir y me parece que poca va a ir a la misión. ¡como no fuera la misión en el casino o en las tabernas!

Y a ese tenor fue el hombre aquel echando sobre el fuego de mis entusiasmos más agua fría, que yo acababa de cruzar en el vaporcillo...

14. Sin embargo, hay que dar la misión. Dios lo quiere y Él me ayudará...

Dimos vista al pueblo y, contra lo que yo esperaba, sin el indispensable grupo de chiquillos que recibieran al Padre Misionero.

Nos apeamos de nuestros jumentos y dejándolos ir por delante de nosotros, seguí mi interrogatorio con mi acompañante.

-Diga usted ¿en este pueblo no hay chiquillos?

-Sí, pero ahora están en el campo...

Y mire usted aunque estén, no les da por la iglesia, porque el señor cura por sus años, sus achaques y por lo que aquí pasa y como no viene del otro pueblo que tiene a su cargo, más que los domingos, la verdad ¡no quiere ver a un chiquillo ni pintado! ¡alborotan tanto!... Y ¡como los padres tampoco vienen!...

-Entonces ¿quién viene a Misa en este pueblo?

-Mire usted, como venir no vienen, digo, vienen los que tienen que casarse o para bautizar algún niño, y *señó* Antonio y yo cuando no tengo que ir al campo...

-¿Y comulgan?

-Comulgar, también comulgan algunas veces los que vienen a casarse...

-¿Nadie más?

-Que yo me acuerde, nadie más.

-bueno, pero los enfermos por lo menos recibirán los santos sacramentos ¿no es eso?

---

[1] Palomares del Río (Sevilla).

-No, no, ¡qué van a recibir! Si dicen que esas son cosas de mal agüero y de susto. Todo lo más que reciben es el *santolio* cuando ya han perdido el sentido.

-Y el señor cura ¿no tiene amigos aquí? Porque por lo menos los amigos deberían venir al templo.

-¿Amigos? ¡Cualquier día puede visitar aquí el cura a nadie! ¡Buena está la política del pueblo para que el cura visite!...

-Y ¿qué tiene que ver la política con que el cura tenga amigos?

-Pues muy sencillo; como aquí hay tantos partidos, basta que el cura visite o hable con uno, para que los enemigos políticos de éste lo miren ya como de aquel partido. Así es que hay política en todo, hasta en la Misa y en los sermones. En la Misa porque le sacan la punta hasta al color de la casulla. Si es blanca porque el cura es del partido de los *blanquillos*. Y si es encarnada, porque es de los republicanos. Y en los sermones, porque los pocos que los oyen se pelean después, por si lo que dijo fue en favor de éste o en contra del otro. Total, que el cura está aquí como *emparedado* ¿sabe usted? Así es que viene por aquí lo menos posible y cuando viene, habla con el menor número deseando acabar para volverse pronto. Tiene dejada a la gente por imposible. Y la iglesia se ha compuesto porque *señó* Antonio es *señó* Antonio y juró no parar hasta que la viera compuesta. Pero ni por el cura, que está acobardado, ni por la gente que le importa un comino que haya o no haya iglesia, se hubiera puesto un ladrillo.

¡Usted no sabe cómo están los pueblos!..., terminó enfáticamente el sacristán al tiempo que llegábamos a las puertas del templo parroquial, sin haber conseguido atraer un solo vecino, grande, ni chico.

¡Verdad que no sabía cómo estaban los pueblos!...

Mi primer Sagrario abandonado

15. Fuíme derecho al Sagrario de la restaurada iglesia en busca de alas a mis casi caídos entusiasmos, y... ¡qué Sagrario!

Un ventanuco como de un palmo cuadrado, con más telarañas que cristales, dejaba entrar trabajosamente la luz de la calle con cuyo auxilio pude distinguir un azul tétrico de añil, que cubría las paredes; dos velas que lo mismo podían ser de sebo que de tierra o de las dos cosas juntas; unos manteles con encajes de jirones y quemaduras y adornos de goterones negros; una lámpara mugrienta goteando aceite sobre unas baldosas pringosas; algunas más colgaduras de telarañas, ¡qué Sagrario, Dios mío! ¡Y qué esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no volver a tomar el burro del sacristán, que aun estaba amarrado a los aldabones de la puerta de la iglesia, y salir corriendo para mi casa!

Pero no huí. Allí me quedé un rato largo y allí encontré mi plan de misión y alientos para llevarlo al cabo. Pero sobre todo encontré...

Allí, de rodillas ante aquel montón de harapos y suciedades, mi fe veía a través de aquella puertecilla apolillada, a un Jesús tan callado, tan paciente, tan desairado, tan bueno, que me miraba... Sí, parecíame que después de recorrer con su vista aquel desierto de almas, posaba su mirada entre triste y suplicante, que me decía mucho y me pedía más. Que me hacía llorar y guardar al mismo tiempo las lágrimas para no afligirlo más. Una mirada en la que se reflejaban unas ganas infinitas de querer y una angustia infinita también, por no encontrar quien quisiera ser querido... Una mirada en la que se reflejaba todo lo triste del Evangelio: lo triste del *"no había para ellos posada en Belén"*. Lo triste de aquellas palabras del Maestro: *"Y vosotros ¿también queréis dejarme?"* Lo triste del mendigo Lázaro pidiendo las migajas sobrantes de la mesa del Epulón. Lo triste de la traición de Judas, de la negación de Pedro, de la bofetada del soldado, de los salivazos del pretorio, del abandono de todos...

Sí, sí, aquellas tristezas estaban allí en aquel Sagrario oprimiendo, estrujando al Corazón dulce de Jesús y haciendo salir por sus ojos un jugo amargo, ¡lágrimas benditas las de aquellos ojos!...

16. Marías que leéis estas páginas y que habéis visitado Sagrarios que se parecen a éste que yo describo y ante ellos habéis pasado un rato de oración, ¿verdad que la mirada de Jesucristo en esos Sagrarios es una mirada que se clava en el alma y no se olvida nunca?

Lo que me enseñó aquel Sagrario

17. Yo no sé que nuestra religión tenga un estímulo más poderoso de gratitud, un principio más eficaz de amor, un móvil más fuerte de acción, que un rato de oración ante un Sagrario abandonado.

Quizá una fe superficial saque escándalo y tibieza de ese abandono. Pero una fe que medite y sobre todo, un corazón que ahonde un poco debajo de la corteza de las cosas, descubrirá en ese Jesús abandonado que se deja acompañar de telarañas y sabandijas; que pasa los días y las noches *solo* durante años y años y a pesar de todo eso *no se va de aquel Sagrario*; ni deja de mandar sol desde la mañana a la noche y agua para la sed y pan para el hambre y salud y descanso y fuerzas beneficiosas en cada segundo y a cada uno de los que le maltratan; ese Corazón, repito, no tiene más remedio que ver en ese modo de abandonar de los hombres y en esa manera de corresponder de Jesucristo, el *Evangelio vivo*, pero con una vida tan brillante, tan fecunda, tan activa, tan en *ebullición de amor de cielo*, que no hay más remedio que entregarse a discreción y sin reserva, diciendo con san Pedro: **"Aunque todos te abandonen, yo no te abandonaré"...** ¡Este amor no se parece a ningún otro amor!.

De mí sé deciros que aquella tarde en aquel rato de Sagrario, entreví para mi sacerdocio una ocupación en la que antes no había ni soñado y para mis entusiasmos otra poesía que antes me era desconocida. Creo que allí se desvanecieron mis ilusiones de cura de pueblo de costumbres patriarcales y sencillas, con mi vocación de *don Sabas*...

18. Ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo yo por todo el pueblo. Emplear mi sacerdocio en *cuidar* a Jesucristo en las *necesidades* que su vida de Sagrario le ha creado. Alimentarlo con mi amor. Calentarlo con mi presencia. Entretenerlo con mi conversación. Defenderlo contra el abandono y la ingratitud. Proporcionar desahogos a su Corazón con mis santos Sacrificios. Servirle de pies para llevarlo a donde lo desean. De manos para dar limosna en su nombre aun a los que no lo quieren. De boca para hablar de Él y consolar por Él y gritar a favor de Él cuando se empeñen en no oírlo... hasta que lo oigan y lo sigan... ¡Qué hermoso sacerdocio!

Y ¿si se obstinan en no quererlo?

19. Y ¿si no quieren ni mi amistad, porque los lleva a Él, ni mi dinero porque en su nombre lo doy y me cierran todas las puertas?

¡No importa!

Siempre a Jesús y a mí nos quedará el consuelo de tener una por lo menos abierta: Él, la de mi corazón y yo la del suyo...

Embebido en estos pensamientos y dulcemente entristecido el corazón con los sentimientos que éstos excitaban, se dio la misión.

Al caso no hace describir las peripecias de ella, que no fueron pocas, como entre otras, el tener que dormir el Misionero en la cuadra del *señó* Antonio *para que no le molestasen los chiquillos de la casa* y en un catre en constante protesta y amenaza contra la humanidad de aquél. Ni los frutos que no fueron escasos. Ni las ganas que a mí me quedaron de quedarme de pastor de aquellas pobrecillas ovejas. Ni del sentimiento con que me separé de ellas...

Para el interés de mi historia baste saber que la impresión de aquel tristísimo Sagrario, de tal modo hicieron mella en mi alma, que no solamente no se me ha borrado ni se me borrará en la vida, sino que vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal de otra manera, no sé si llamarla menos poética o más seria.

La tragedia pastoral

20. Al poema pastoril en mis ensueños apostólicos del seminario, había sucedido de pronto la visión de una tragedia.

Sobre aquel cuadro todo luz, todo expansión, todo alegría de los pueblos que yo creía cristianos y por tanto tiempo había embelesado mi alma, acababa de caer una mancha roja, como de sangre, que quitaba toda la alegría del cuadro y apagaba toda la luz.

¡La sangre que al Corazón más bueno de todos los buenos corazones de padres, le está haciendo brotar la herida del abandono más cruel y brutal de todos los malos hijos! ¡Ay! abandono del Sagrario, ¡cómo te quedaste pegado a mi alma!

¡Ay!, ¡qué claro me hiciste ver todo el mal que de ahí salía y todo el bien que por él dejaba de recibirse!

¡Ay! ¡qué bien me diste a entender la definición de mi sacerdocio haciéndome ver que un sacerdote no es ni más ni menos que un hombre elegido y consagrado por Dios para pelear contra el abandono del Sagrario!...

Las Hermanitas de los Pobres hacen dar un paso más a la Obra

21. Pasaron unos meses y mis superiores tuvieron a bien designarme para capellán del Asilo de las Hermanitas de los Pobres de Sevilla.

Y como no trato de hacer una autobiografía, sino una relación sencilla de antecedentes de la Obra de mis amores, la de los Sagrarios-Calvarios, a fin de que siendo más conocida logre ser más estimada y practicada, no diré de mi paso por la casa de las Hermanitas, sino lo que ella puso en la concepción de la Obra.

Puestas por Dios y sostenidas por una caridad exquisita, las Hermanitas de los Pobres, amparan en sus casas a los desamparados de la vida. Las casas de las Hermanitas más que Asilos pudieran llamarse Palacios del Abandono. Ni el dinero, ni las mercedes, ni la gracia del rey más poderoso de la tierra, pudieron poner en torno de sus validos tanto cariño fino, tanta abundancia de remedios, como las Hermanitas ponen en torno de sus ancianos abandonados. En los tres años que estuve en aquella santa Casa ¡cuántas veces sentía tristezas muy hondas ante aquellos pobres naúfragos de la vida arrojados a aquellas playas, muchos de ellos por la ingratitud de los hijos o el despego de la familia o por motivos tan duros como ése! Y, cuántas hondas emociones sentí ante aquellas Hermanitas verdaderos ángeles del consuelo, vertiendo sobre aquellos corazones, secos ya por el constante padecer sin ser compadecidos, el bálsamo de una caridad que sabe sentir, compadecer y curar todas las lástimas!

Con el fin de cooperar a la obra de las Hermanitas y llenar el deber de mi sacerdocio, fijo siempre mi pensamiento en el Sagrario abandonado de aquel pueblecito y de tantos como aquél, me propuse formar y formé, mediante la reorganización del Apostolado de la Oración, una especie de Hermandad de *abandonados* para hacer compañía al gran Abandonado.

Y ¡con qué asiduidad iban mis ancianitos y ancianitas a hacer su Comunión reparadora y a pasar su hora o su media hora de compañía al Sagrario!

¡Con qué gozo los veía yo arrodillados en sendos reclinatorios acompañando a su gran amigo de abandonos, con el rezo de su rosario, con la lectura de su libro de oraciones de letra gorda, y... hasta con sus cabezadillas de sueño furtivo!...

Puedo asegurar en honor de la verdad y de aquellos mis inolvidables abuelitos que en los tres años que estuve entre ellos no vi nunca la capilla del todo sola.

Tan amable se les hizo que voy a citar un caso que, en medio de su aparente desedificación, comprueba el gusto que tenían mis arrugados feligreses, en pasarse un ratito en la iglesia.

22. De vuelta de mi visita a los enfermos, me encontré un día a un ancianito sentado en un banco del coro alto, pierna sobre pierna en una actitud de suprema satisfacción dando los últimos *tirones* a una humeante colilla.

-¡Señó Fulanito! ¿fumando aquí?

-No se enfae usté, Parecito mío, que aquí no hay naide ahora que se ofenda.

-Pero ¿y el Señor?...

-¿Él Señó? ¿Usté cree que se va a enfadá porque esté aquí uno tan a gusto echando esta *colita?*

***

Ancianitos queridos de las Hermanitas, ya habréis muerto casi todos y habréis visto qué espléndidamente paga en el cielo aquellas horas de compañía el Jesús del Sagrario de aquella capilla.

Correrías apostólicas

Durante esos tres años de las Hermanitas hacía yo no pocos viajes, siempre breves, a distintos pueblos de dentro y de fuera de mi diócesis con el fin casi siempre de predicar.

Dos grandes síntomas de la piedad de un pueblo

23. Y quiero traer aquí a esta relación de pormenores íntimos y antecedentes de la Obra de los Sagrarios-Calvarios, algo de lo que aprendí en esos viajes y después en mi vida de cura de Huelva.

Primer síntoma:
La devoción al Sagrado Corazón de Jesús

La primera experiencia que tomé fue la de que el grado de piedad y religiosidad de un pueblo podía medirse y conocerse *ordinariamente* por el *sitio y el trato* que daba a la imagen del Corazón de Jesús.

Que no se rían los *sabios*, ni los *sociólogos* de más o menos enjundia si pongo en cosas al parecer tan pequeñas, los síntomas de cosas tan grandes. Que no se rían ni me pongan en duda, que no atestiguo con muertos ni con libros de romances, sino con hechos vivos, y que cada cual puede tomarse el trabajo de comprobar.

Sin tratar ahora de demostrar la decisiva influencia que en el adelanto y en la perfección de la piedad cristiana, tiene la devoción al santísimo Corazón de Jesús, y sin que mi ánimo sea condenar o censurar a las almas y a los pueblos que no profesen esa devoción, puedo afirmar sin temor a ser desmentido, que almas o pueblos que den culto ferviente a nuestro Señor Jesucristo en su Corazón, son almas y pueblos que caminan y adelantan bien orientados. Y que las almas o los pueblos que o no se han *enterado* de los deseos tan ardientes e insistentemente manifestados de nuestro Señor de recibir culto y amor especial en su Corazón, o si se han enterado, aun no se han *decidido* a dárselos, esas almas y esos pueblos, repito, aunque hablando en *absoluto pueden* tener mucha piedad y perfección cristiana, prácticamente se ve que no la tienen.

Entrad en la iglesia de un pueblo; buscad como la Magdalena el *lugar* en donde han puesto la imagen del Corazón de Jesús, preguntad qué *trato* se le da, y si veis que aquella imagen no está allí o, si está, ocupa un lugar retirado, parece más un adorno o un motivo de llenar un hueco que una imagen que espera muchas visitas; si veis un cuadro o una escultura polvorienta, adornada quizá de

telarañas y polilla, os autorizo a que penséis que la piedad de aquellos fieles anda poco más o menos como la imagen del Corazón de Jesús, es decir, o nula o polvorienta, apolillada y con telarañas.

Y no tengáis miedo de faltar a la caridad ni a la verdad.

Segundo síntoma: El culto tempranero

Cuanto sobre él he aprendido en mis viajes y observaciones y os interesa saber, vedlo aquí compendiado en esa "Carta abierta a un cura Novel" que para descubrir y remediar ese gran mal, eché a volar hace tiempo.

A un cura novel

24. Carta abierta:

Querido hermano in C.J.: Todo edificado y lleno de buena voluntad me deja la lectura de su carta, por la humilde y franca confesión que me hace en ella. "Acabo de llegar a esta mi parroquia, me escribe, y aquí me tiene usted, que con todos mis *Meritissimus* y premios del seminario, con mis borlas de doctor, con mis provisiones de sociología y con todo lo que yo había leído, aprendido, proyectado y hasta soñado para cuando llegara este caso, no acierto qué hacer ni por dónde empezar.

Porque la verdad es que al verme en una iglesia tan grande y tan vacía, al encontrarme con unos feligreses tan sin importárseles un comino de que les haya venido un cura nuevo, al no oír de los ministros y de los escasos amigos de la parroquia, más consejos «que el no se canse usted, que esta gente es imposible, no se saca nada de ellos», paréceme que se me ha olvidado todo y si de algo me acuerdo o en algo pienso, es para aumentar la sensación de soledad, impotencia, casi desaliento que, desde que llegué, me viene asaltando.

¿Quiere usted decirme en caridad de Dios

por dónde empiezo?...

25. Sin pretender yo meterme a curandero de pueblos o parroquias, y sin ánimo de presentarle un cuadro complejo de acción parroquial con sus obras de atracción, consolidación y mejoramiento de sus distraídos y *lejanos* feligreses, voy a limitarme a responder sencillamente a su pregunta de "¿por dónde empiezo?"

Voy a darle a usted una respuesta, que quizá no la haya usted encontrado en sus libros de sociología, y que no por más ignorada es menos eficaz.

¿Quiere usted hacer de su parroquia vacía, una llena o por lo menos muy frecuentada?

¿Quiere usted formar esa parroquia sobre base sólida de piedad ilustrada y abnegada?

¿Quiere usted que sus feligreses comulguen mucho?

¿Quiere usted hacer milagros de conversiones de almas de malas en buenas, de tibias en fervorosas?

¿Quiere usted hacerse de una corte de almas escogidas, de buen temple, de abnegación y laboriosidad, que le ayuden y secunden incondicionalmente en su magna obra de transformación de su parroquia?

¿Quiere usted ser cura, no solamente de los ricos y gente comodona, sino de los trabajadores, de los ocupados?

¡Que sí, que sí! ¿es verdad? ¡que todo eso es lo que no sólo quiere, sino lo que ansía y sueña!

Pues todo eso y mucho, muchísimo más, lo conseguirá usted con esta sencillísima receta:

Esté usted sentado todos los días en su confesonario desde las cinco y media de la mañana lo más tarde.

Quizá le parezca a usted muy *poca causa* para efectos tan grandes. Quizá le asalten dudas de que yo exagero o deliro. Quizá encuentre *padres graves y doctores sabios* o sabihondos que se rían de mi receta y de su candor en tomarla. Quizá en sus sociologías, filosofías y en los demás *las* que ha estudiado, encuentre algún reparo que oponerme. Quizá le digan que eso será bueno para los pueblos madrugadores e inútil para las capitales. Quizá se le pase un mes, un año, sin que mi receta le dé resultado visible. Quizá..., ponga usted aquí todos los quizás que se le antojen, que yo sigo asegurando ante el cielo y la tierra con toda la fuerza de mi palabra de sacerdote y con toda la sinceridad de mi alma cristiana que un párroco que se siente en su confesonario *todos los días a las cinco y media de la mañana lo más tarde,* **RESUCITA** la parroquia más muerta que haya en el mundo.

¿Pruebas?

26. Tengo muchas y muy fuertes y si no fuera por el temor de hacer de ésta una carta kilométrica, se las desarrollaría con toda la extensión que el asunto pide y mi caletre permite, pero aunque no sea más que enumerándolas, allá van.

En primer término El HECHO: No conozco *ninguna* parroquia de cura madrugador y de culto tempranero que *esté desierta* y que en general no ande bien. Y en cambio conozco muchas, muchas parroquias desiertas, aburridas, sin vida o con vida ficticia o efímera que se *abren a las siete, a las ocho, a las nueve y hasta a las diez de la mañana,* o lo que es aun peor, cada día a hora distinta.

Él que no esté conforme conmigo en la afirmación de ese hecho, que me cite casos en contrario y con lealtad rectificaré.

Cierto que hay parroquias en las que no se madruga y hay muchas Comuniones. Pero ¿quién me niega que si se madrugara se duplicaría por lo menos el número de Comuniones?

En segundo término un cura sentado en su confesonario desde muy temprano, aunque no tenga penitentes que confesar en toda la mañana, o hasta muy tarde, es siempre una dulce y avasalladora *violencia* sobre el Corazón de Jesús para que derrame gracias extraordinarias. Es un *estímulo y un ejemplo* poderoso para sus feligreses buenos (pocos o muchos) para que no se dejen dominar ni por el desaliento ni por el pretexto de las muchas ocupaciones. Es una *facilidad* para los feligreses pobres y ocupados. Es un *despertador de remordimientos* para los feligreses pecadores y aun empedernidos, y muchísimas cosas buenas que no pueden decirse aquí y que los curas madrugadores ya se saben muy de memoria.

Y dígame usted, amigo mío, ¿con qué cara nos ponemos a predicar Comunión frecuente y diaria a las criadas de servicio, a las costureras, a los obreros, a las madres de familia, a todos los ocupados que sólo disponen del tiempo que quitan a su sueño, si dejamos cerrada la iglesia hasta las ocho de la mañana? ¿Es que esa porción de nuestra grey no tiene derecho a Misa diaria y a Comunión diaria y a visita al santísimo Sacramento antes de su trabajo? Y ¿cómo vamos a fomentar entre nuestros feligreses, especialmente los ocupados, la meditación diaria a hora fija, la confesión frecuente y la dirección espiritual, si no les damos a hora fija y temprana iglesia y Sagrario abiertos y confesor a su disposición?

¡Ay amigo! ¡qué pena siento cuando visito pueblos en mis correrías de propaganda y tengo que pasearme por el pórtico de la iglesia para *hacer tiempo* que abran, mientras el sol llena las calles del pueblo y los hombres llenan las tabernas!

Se me dice, dejando a Dios que juzgue otras razones y excusas que he oído y que a mí no me toca juzgar, que no abren temprano y que no se sientan en el confesonario porque no van los fieles, y yo me digo que no van porque no abren ni se sientan...

¡Que hagan la prueba por un poco de tiempo y verán cómo se rompe ese *círculo* vicioso!

Y si no van a pesar de eso, lo que será muy raro, si no van, quienes perderán serán los feligreses; pero no el cura, que se habrá labrado una gran corona con la constancia de su sacrificio no agradecido ni aprovechado.

27. *Sí, empiece usted por ahí,* amigo querido, empiece desde mañana mismo, y ya verá lo que se aprende en esas horas de soledad de sus mañanas y lo bien que se entenderán y las cosas que se dirán los dos *abandonados* de su parroquia, el del *Sagrario* y el del *confesonario* y cómo éste aprenderá de Aquél a *esperar* siempre a los que no quieren venir, a *proyectar y hacer bien* en favor de los que hacen mal, a *amar y a sacrificarse,* y mediante esto, a *salvar* su pueblo.

Hermano, yo soy cura hace ya años, y estoy con ocasión de mis propagandas y particularmente de la Obra de las Marías, en comunicación constante con *miles* de curas de los pueblos y con la experiencia de todo eso, puedo asegurarle dos cosas:

1ª que sin ser solución *única y total* ésta que le he dado para la resurrección de su parroquia, *allana, prepara y fecunda* todas las demás; y

2ª que un cura que no sea madrugador, fuera del caso de enfermedad, aunque haya hecho otras muchas obras buenas, *aun no tiene derecho* a decir *con verdad* que ha hecho *todo lo posible* por salvar a su parroquia.

28.- Y ya sabe usted: *El buen pastor da la vida por sus ovejas...*

Y el *dar la vida* es mucho más que las dos horillas de sueño de la mañana...

Muy suyo in C.J.

El ARCIPRESTE DE HUELVA

El SÍNTOMA MÁS TRISTE

29. Pero con haberme interesado e impresionado tanto la observación de esos dos *síntomas* y, me atreveré a decir, motivos de decadencia de la vida cristiana y piadosa de la parroquia, la impresión dominante y más desconsoladora, la observación que podía llamar *obsesionante* fue la del mal sobre todo mal, y causa de todos los males:

El abandono del Sagrario

La semilla sembrada en aquel pueblecito de mis primeras desilusiones apostólicas, calentada en los invernaderos de las Hermanitas de los Pobres, iba despuntando y dando al aire su tallo...

¡El abandono del Sagrario! ¡Dios mío, cómo te agradezco que entre todas las impresiones de mi vida de sacerdote y de párroco, la dominante, la casi exclusiva, hayas querido que sea la producida por el abandono del Sagrario! ¡Cómo tengo que agradecerte, Corazón de mi Jesús, el que me hayas llamado a ver, a sentir y predicar el Sagrario abandonado! Gracia tuya ha sido, Señor, y muy larga, la de haberme como clavado mis ojos y mi boca y mi mano y mi pluma y mi alma, en ese abandono, para llorar el cual no hay lágrimas bastantes en el mundo.

Para hablar de ese abandono y dar a conocer su remedio, se ha escrito este libro.

HABLEMOS DEL ABANDONO DEL SAGRARIO

30. Y ante todo, pregunto o supongo que me preguntan: ¿existe ese abandono en las proporciones que usted denuncia?

Y empiezo por esta pregunta porque no han faltado quienes con más buenos o malos modos, me han llamado embustero o exagerado.

¿Hay que preocuparse del abandono del Sagrario como de un gran problema?

Seguid leyendo y mediréis conmigo la magnitud de ese problema, conociendo la extensión y trascendencia del mal que lo plantea.

Estado de la cuestión

Para fijarla bien puedo clasificar en cuatro grupos o partidos las respuestas a esas preguntas, que he recogido.

El partido de color de rosa

31. Grupo que llamaría del *optimismo exagerado* o de color de rosa, que es el de aquellos que juzgan el estado del mundo por el de los pueblos en que viven o por el del corto número de sus amigos o porque ven el mundo sólo a través de sus lecturas favoritas. Y como unos y otros son buenos y cristianos, duermen en la más encantadora y tranquila de las seguridades de que el orbe católico goza de la misma beatífica paz que ellos.

Y si alguna vez hasta sus oídos llegan los lamentos de sus hermanos en lucha con la impiedad o con el abandono, ya su optimismo un si es no es crédulo o comodón, se encargará de hacerles ver, barajándoles textos de: "no prevalecerán..." Y refranes de: "ojos que no ven, corazón no quiebran"; que no todo está mal y que al fin y al cabo el triunfo será de Cristo y después... siguen durmiendo sus sueños de paz.

Si preguntáis a éstos: ¿es menester preocuparse de repoblar los Sagrarios?, os responderán entre escandalizados e incrédulos:

Pero ¿están vacíos?

¡Blasfemaste!...

El partido negro

32. Lo forman los pesimistas.

Éstos, cansados de empezar sin que los dejen acabar; desalentados ante tanta defección de amigos y tanta tenacidad en el ataque de los enemigos; aburridos de tanto sembrar sin recoger nada o casi nada; muertos, ésta es la palabra, en sus entusiasmos, en sus esperanzas, en la vivacidad de su celo, en la movilidad de su actividad sacerdotal por un cúmulo de agentes mortíferos que no son de este lugar estudiar; éstos, repito, a mi pregunta responderán con un encogimiento de hombros que viene a decir: ¡es inútil cuanto se haga! Y si les apretáis a que razonen su respuesta, os responderán con una historia verdaderamente sangrienta de fracasos y desilusiones que casi, casi llevarán a vuestra alma el convencimiento de que por lo menos, el pueblo del hermano aquel con quien habláis no tiene cura...

Los desorientados

33. Pertenecen al tercer grupo los que yo llamaría *desorientados.* Son hermanos de buena y leal voluntad. Quizá más impresionables que reflexivos, que se han dado cuenta de que el pueblo, que se llama todavía cristiano, padece un mal gravísimo que lo tiene en las puertas de la muerte si no es que ya se las hizo pasar. Y, más compasivos que enterados del mal, se han puesto a curar síntomas, a apagar quejidos, a vendar heridas, pero sin acertar a llegar a la causas del mal y sin atinar por consiguiente con el remedio radical.

Por eso los llamo desorientados, porque intrincados entre el laberinto de males que aqueja al mundo y empujados por un celo no del todo sereno, no se han enterado de cuál es el mal-causa y el mal-efecto, y cuál es sólo síntoma y cuál mal verdadero...

Yo siento pena y pena muy honda, cuando veo a hermanos metidos en ciertas obras de eficacia muy dudosa, en las que quizá haya más *damnum emergens* para su ministerio y su libertad de sacerdotes, que *lucrum* para las almas y para la gloria de Dios. ¡Cuánta energía, cuánto tiempo, cuántos entusiasmos malgastados!

Si a estos preguntáis por la urgencia de resolver el problema de la repoblación de nuestros Sagrarios, paréceme que os responderán que *os esperéis* un poco a que ellos se desembaracen de aquella pequeña escaramuza en que están metidos, o acaben de ganar aquella insignificante batalla que están dando o recibiendo. Que esperéis a que las mil intriguillas en que están agotando su ministerio, les den tiempo para pensar la respuesta...

Los enterados

34. Por último, el grupo que me atrevería a llamar de *los enterados.* ¡Es tan rara la *virtud de enterarse!* Lo forman los que, como los pesimistas, juzgan que el mal es hondo, gravísimo, de importancia incalculable, pero, como los optimistas, afirman que no es mal incurable, que hay remedio, que aun entre esas derrotas, hay que sonreír ante la expectativa del triunfo que es seguro y que, como los desorientados, sostienen que ese triunfo hay que trabajarlo, hay que pelearlo. Y, como entre los enterados tengo no sé si la inmodestia, de contarme yo, voy a asumir la representación de los de la familia y deciros la respuesta que nosotros damos a la pregunta de si existe y si es transcendental el problema del abandono de los Sagrarios.

Respondemos con un ***sí*** tan grande por lo menos, como la pena que nos cuesta y que nos motiva decirlo: con un ***sí*** que yo quisiera sonara con los ecos tristes de todas las tristezas de la tierra y que sonara tanto que se enteraran todos los hombres de buena voluntad, para que con nosotros lloraran y trabajaran. Y que sonara de modo tan especial que a ser posible no llegara a enterarse el demonio de la confesión de nuestras derrotas.

*****

Sí, sí, hay que pensar en repoblar nuestros Sagrarios, porque, aunque nos cueste mucho decirlo, padecen soledades horribles y espantosas cual yo creo que no las han padecido desde que en la tierra se levantan templos católicos.

EL HECHO

35. Yo no quisiera actuar de Jeremías subido en las murallas del pueblo cristiano para llorar a gritos la desolación a que han reducido el Sagrario, antes *lleno de pueblo.* A mi carácter de andaluz y de español y de optimista a toda prueba, más cuadraría cantar triunfos, celebrar ventajas y sonreír esperanzas, que llorar desolaciones y derrotas.

Pero antes que andaluz y optimista, soy sacerdote y por misericordia de Dios, bien empeñado en la brega y, pese a mis optimismos de sangre y de raza, no puedo dejar de ver lo que a mi alrededor acontece.

¡Dios mío, Dios mío! ¡lo que veo!

Veo pueblos, y cuenta que no hablo del extranjero que no conozco, sino de mi Patria, de la ¡Católica España!, veo algunos pueblos sin templo, pero veo muchos más, templos sin pueblo que los frecuente. Conozco extensísimas poblaciones mineras y fabriles, barriadas populosas para ensanche de las grandes poblaciones, con escuelas a la última palabra; teatros, casinos, tabernas... y sin templo, sin quejarse de la falta del mismo.

Veo pueblos antiguos que tuvieron fe y templos cristianos, pero perdida aquélla y arruinados éstos, no se levantan de nuevo o se tardan años y años en repararlos.

Veo pueblos, ¡muchos pueblos!, en los que la proporción del número de los que van al templo y cumplen en Pascua, con el de la población pone espanto. Un cinco por ciento, un dos por ciento, un tres por ciento; y hay pueblos en los que nadie comulga.

36. Que no se levante ninguno de los que me leen a llamarme exagerado y profeta de negruras. ¡De qué buena gana me dejaría llamar exagerado! Que no se levanten protestas en vuestra alma molestada por esa revelación tan fatídica que acabo de hacer. Que yo responderé a vuestras protestas y dudas con centenares de párrocos, ¡pobres hermanos míos!, hartos de volverse al pueblo en su Misa de los días festivos y de no encontrar a quién decir el *Dominus vobiscum* más que al distraído monacillo que la ayuda, o a alguna que otra adormilada viejecita. Que yo responderé con la queja de centenares de hermanos que no saben ya qué industria mover, qué resorte tocar, qué sacrificio ofrecer, para que sus *fieles* acudan al templo. Que yo os responderé con los relatos desconsoladores, pero con desconsuelos de agonía, que cuentan las Marías de sus visitas a los pueblos.

37. ¡Oh, Dios mío! **¡Los Sagrarios abandonados!** ¡Sagrarios de llaves enmohecidas de no servir; de vecinos que no conocen ni las palabras Eucaristía, Comunión, santísimo Sacramento!

Los Sagrarios sin niños que cariñosamente alboroten. Sin doncellas que perfumen con su pureza y su recato. Sin viejecitas que se consuelen. Sin lágrimas de arrepentidos. Sin suspiros de amadores. Sin rodillas de agradecidos. Sin... ¡Dios mío, Dios mío, sin nada que te halague, que te confiese, que te haga sentir! ¡Sin nada! Y ¡hay tantos así! ¡Hay tantos, que, pudiendo yo con relativa facilidad, hacer por medio de las Marías, que ya lo llenan todo, la estadística de ellos, todavía no me he atrevido a pedirla porque me falta valor para llegar a la cifra final!

38. A vosotros los que vivís en las ciudades y ciudades cristianas y que tenéis la vista acostumbrada al espectáculo de las grandes muchedumbres arrodilladas ante la Virgen del Pilar de Zaragoza, y a esos interminables desfiles de amadores que se pagan todas las molestias de un largo viaje con el beso que con toda su boca y con toda su alma estampan en el Pilar bendito. A vosotros, repito, os costará trabajo y hasta violencia convenceros y persuadiros de toda la negrura de ese cuadro que no invento, sino que descubro, de templos sin fieles, de sermones sin oyentes, de Misas sin asistentes, de Sagrarios sin comensales, sin adoradores; de esos nidos sin polluelos; de esas casas solariegas sin hijos que acariciar; de esos Palacios del Rey sin más vasallos que las telarañas y los ratones del abandono; de esos cielos en la tierra rodeados de locos o distraídos que se empeñan en no entrar...

Éste es el hecho en toda su repugnancia y triste desnudez.

LAS CONSECUENCIAS

39. Cuando yo muchacho, leí un papel en el que un desdichado escritor, haciendo mofa de lo que en todo caso no merecía sino un gran respeto y una gran compasión, echaba en cara a los católicos el que, a pesar de todos sus esfuerzos, sus templos y especialmente sus catedrales, *sonaban a vacías...* Entonces, sin meterme a responder aquella burla, sentí vergüenza de que fuera verdad y pena de que se nos echara en cara.

Hoy, sin tratar de negar el sonido a vacío aun de las catedrales, abandonadas de ordinario por el pueblo fiel, frecuentadas sólo por una turba irrespetuosa de curiosos nacionales y extranjeros, yo le hubiera respondido al burlesco escritor, que aplicara el oído a otras muchas más cosas que por sonar a vacío el templo sonaban también a lo mismo. Sí, que aplicara el oído al pudor de las doncellas, al valor y a la honradez de los hombres, a la compasión para el débil, al honor de los caballeros, a la justicia de los marginados, a las costumbres del pueblo, a la paz de las familias, a la virtud aun de los cristianos; a todas las cosas dignas de la tierra y yo le aseguraría al escritor aquel, que en el interior de todas esas cosas oiría lo mismo, el *sonido a vacío.* Como que *hasta ahora* no se ha descubierto otra fábrica proveedora de la esencia de todas esas cosas que os he enumerado, que el Sagrario católico.

Y ése es el horroroso efecto del mal que vengo exponiendo.

40. Que, sin detenerme aquí a probar cuál sea en teoría el mayor mal de todos los que a la presente edad aquejan, yo digo, y creo que está en el convencimiento de todos vosotros, que el mal del abandono del Sagrario reúne en sí todos los males; como la llaga purulenta del apestado contiene el bacilo de innumerables infecciones; como la dinamita del petardo contiene todas las destrucciones que produce en su explosión. Porque vosotros sabéis que Sagrario abandonado o poco frecuentado, es lo mismo que Dios desairado y postergado, obligado a ser más justiciero que misericordioso, más Juez que Padre; lo mismo que niños sin Bautismo y sin educación; que familias sin bendición de Dios y sin matrimonio indisoluble; que enfermedad y muerte sin los alivios y esperanza de otra vida, la vida verdadera; que virtud sin moral; que moral sin dogmas fundamentales; que extinción de la fe iluminadora de todos los caminos de la vida; que la caridad sustituida por una filantropía egoísta; que la conciencia sustituida por un honor hipócrita; que la justicia social suplantada por la fuerza y la trapacería; que el capital sin entrañas y el trabajo por esclavitud; que lujuria y soberbia y ambición triunfantes y castidad y humildad y virtud pisoteadas.

Sagrario abandonado es levantar templos y rendir adoración a todas las malas pasiones de los hombres, mientras los ángeles custodios entristecidos, tienen que escribir en las fachadas de los templos cristianos del verdadero Dios, el lema que san Pablo leyó en los de Grecia.

¡Dios desconocido, de la catedral gótica y de la parroquia y de la aldea, qué triste es todo esto!...

Sólo para vosotros dejamos los templos

41. Nos encontramos delante de un hecho tan cierto como triste, tan transcendental como funesto:

¡La despoblación del Sagrario!

No seré yo quien trate de buscar consuelo en la comparación con tiempos peores, si los ha habido. A mi corazón de cristiano y de sacerdote le basta saber que por un triste cambio de sujeto de la acción, no son los cristianos de ayer los que pueden decir a los paganos de hoy *sólo para vosotros dejamos los templos,* sino que son los paganos de hoy los que lo están echando en cara a los cristianos de ayer y de siempre.

LAS TRES COSAS QUE DECÍA UN CURA AL JESÚS DE SU SAGRARIO

42. A mi corazón de sacerdote le basta saber que tuve una parroquia de veinte mil almas a mi cargo. Que por la salvación de esas almas, no regateé sacrificios ni industrias de celo. Y, que, sin embargo, mi parroquia no acabó de llenarse de hijos suyos, ni aun los domingos. Ése era el gran problema de mi vida sacerdotal, el bocado amargo que siempre estaba probando, mi pesadilla cuando dormía y mi preocupación despierto. Era lo que ponía mis días tristes y lo que nublaba todas mis alegrías. Mi gran contrariedad, lo que me hacía sentir despiadadamente el peso de mis pecados y la ausencia de la santidad a que estoy llamado. Eso es lo que hasta me sacaba los colores de vergüenza a la cara: ¡mi parroquia desierta muchas veces, casi desierta otras y llena nunca! ¡Y, las tabernas y los casinos de mi parroquia, rebosando gente!

Y como yo sé que ésa es también la gran pena, la gran contrariedad, el gran problema de la mayoría de mis hermanos los sacerdotes, yo os invitaría a que os vinierais conmigo en espíritu al Sagrario de aquella mi parroquia y, si vuestra paciencia no lo llevara a mal, escucharíais lo que el cura de aquella parroquia le decía al Amo suyo y de todas sus cosas. Es una conversación que poco más o poco menos versa sobre estos tres puntos: ¡Que no vienen! ¿Por qué no vendrán? ¿Cómo vendrían?

¡Que no vienen!

43. Mirad cómo el cura de aquel Sagrario rellena poco más o menos el primer punto de su conversación. ¡Qué buena ha estado la novena que hemos celebrado! Buenos sermones; buenos cantores; bonito altar; todo bueno menos la asistencia. ¡Qué poca gente! La nave del centro si acaso llena... El coro con cinco o seis hombres... dicen que el calor, que el frío, que el viento... Y ¿la Misa de alba de ayer? ¿Y la mayor? ¡Qué pena me dio al ver, cuando me volví para predicar al pueblo!... ¡Al pueblo! ¡A veinte o treinta personas! ¿Has visto, Señor, cómo los chiquillos se han empeñado en no venir al catecismo?

Después de aquellos domingos en que venían tantos y formábamos en el atrio de la iglesia aquellas *ruedas* de juego antes de la Misa, se hizo el reparto de premios tan deseado y después... ya no vinieron más que dos o tres.

Pero y ¿las niñas? ¡Si vienen menos que los niños!... Y ¿los hombres? Y ¿los trabajadores del campo? Y ¿los marineros? Y ¿las mujeres? ¿Y...? ¡No vienen! ¡no quieren venir ni aun los vecinos más próximos de la iglesia!

¿Y por qué no vienen?

44. Sigue preguntándose y preguntando al Huésped de su Sagrario el cura aquel.

Y después de hacer un recuento de obras de atracción realizadas por él o por otros; de estudiar sobre el terreno con todo el desapasionamiento posible las causas de esa aversión, antipatía o *desgana de la iglesia* que caracteriza a la gentes de nuestro tiempo, el cura de mi Sagrario sacaba esta consecuencia: los hombres han perdido el *apetito espiritual.* ¿Por qué? Porque se les ha hecho pasar mucha hambre y el hambre cuando es excesiva, trae la inapetencia y hasta la repulsión de los alimentos. ¿Hambre de qué? Hambre de *vida intensamente cristiana.*

Yo no trato de inculpar a nadie. No hago otra cosa que repetir el examen de conciencia que hacía delante de mi Sagrario. Y me he dicho muchas veces: estamos pagando un error de nuestros antecesores y quizá propio.

La sugestión del número y el olvido de lo principal

45. Nos hemos dejado llevar mucho de la *sugestión del número* y muy poco de la *calidad.*

Nos hemos extasiado muchas veces ante nuestros templos rebosando gentes, nuestras procesiones recibiendo homenajes y aclamaciones populares. Nos hemos recreado quizá demasiado en el título de católica de nuestra España, en el carácter de oficial de nuestra religión en España. En las gloriosas acciones de nuestra católica historia. En nuestros católicos antepasados. Y, mientras nuestro espíritu se entretenía en esos arrobamientos y nuestras manos en aplaudir nuestra fe tradicional y nuestra boca en alabarla, no echábamos de ver que ese pueblo cuya fe tanto aplaudíamos, estaba casi a *cuarta ración* de alimento espiritual.

Como que el espíritu de ese pueblo no recibía más alimento que un sermón de cuando en cuando, quizá más aplaudido y elocuente que entendido y practicado. Una Misa de doce, quizá más elegante que devota. Unas funciones con más luces y flores que unción y recogimiento. Una caridad de más apariencia que fondo y con más filantropía laica que virtud cristiana.

Más aun, ese pueblo ha oído poco o casi nada el Evangelio, y ha tenido como un misterio (revelable sólo a los iniciados) el conocimiento y la práctica de la piedad. Ese pueblo ha olvidado o no ha aprendido el catecismo; ha pasado a sus niños por las escuelas seis o siete años sin que se les diera de comulgar más que una sola vez y eso cuando la aparición de las picardías del niño anunciaba el uso de su razón...

A ese pueblo, sobre todo, y la pena más amarga anuda mi garganta al tocar este punto, a ese pueblo se le dejó perder el *hábito* del Sagrario.

Él Sagrario dejó de ser el nido de amores, el alcázar de la dicha, la sala del festín, la casa solariega de los cristianos, y se fue trocando poco a poco en *casa* muy respetable, es verdad, pero tan aislada como respetable y tan inaccesible como aislada.

Yo no sé que se haya hecho jamás más daño a la vida cristiana como con este *retirar de su circulación* el Sagrario.

46. El cristianismo es el Sagrario, y, aunque ésta no sea la ocasión de demostrarlo, vosotros afirmaréis conmigo que el Sagrario en nuestra religión no es un *remate* más o menos airoso de sus cimas, ni un *broche de oro* que lo cierra, ni una de las instituciones que lo embellecen, sino que la Eucaristía, el Sagrario, es todo el cristianismo, es el principio, fin y razón de ser de sus dogmas y su moral, de sus sacrificios y de sus virtudes, de sus bellezas y de sus milagros...

Yo no puedo pensar qué sería un cristianismo sin Eucaristía, porque su Fundador no quiso que lo hubiera. Pero sí digo que el actual cristianismo todo es con, por y para la Eucaristía, y sin ella, no titubeo en decirlo, el cristianismo es nada, de tal modo que puede formularse esta regla cierta: a más frecuencia de Sagrario, más cristianismo; a menos Sagrario menos cristianismo.

47. Pues bien, el pueblo aquel que llenaba nuestros templos y dejó de frecuentar el Sagrario, llegó a olvidar prácticamente que el Sagrario era sobre todo la grande e insustituible *casa de comida* de las almas y a persuadirse de que era sólo *lugar de recreo* o tribunal para *premiar a los santos o trono altísimo* de la majestad de Dios y terminó por dejar sólo el Sagrario para los santos o para los que quieran andar por caminos más estrechos.

Nuestro pueblo llegó a creerse, prácticamente al menos, que podía conservarse en un cristianismo regular y de modestas pretensiones sin Sagrario o sin mucho Sagrario. ¡Qué error! ¡Como si se pudiera vivir sin comer!

Hambre sin hartura

48. Y ¿qué pasó? Que de aquellos pueblos de Comuniones una sola vez al año; de Manifiestos en tronos colocados en lo más alto del altar mayor y bendiciones con el santísimo sólo en las fiestas principales; de niños que se llevaban en escuelas cristianas siete y ocho años sin comulgar más que una sola vez; de ese tratar y hablar de la Eucaristía como *cosa de adorno,* que de aquellos pueblos cuyas parroquias se abrían a las ocho y a las nueve de la mañana, o en las que no se podía comulgar antes de esa hora o más tarde, de iglesias semanas enteras cerradas..., han salido estos otros pueblos de Sagrarios abandonados de los hombres y acompañados sólo de las telarañas.

Ese pueblo, a pesar de lo tradicional de su fe, de lo arraigado de sus costumbres cristianas, de las buenas inclinaciones de su carácter, ese pueblo tenía que padecer hambre, mucha hambre y, no satisfecha ésta, caer en una inapetencia funesta precursora de una muerte espiritual inminente.

Para mí que ese desgano del templo, característico de nuestros tiempos, más que consecuencia de los males recientes, y que todos lamentamos, lo es de un mal más antiguo: el jansenismo más o menos consciente o hipócrita, que durante un par de siglos ha estado diezmando y envenenando la familia católica, y de un cómodo descansar sobre los laureles.

Estos males que hemos padecido de prensa, de modas, de gobierno, si no su principio, su fomento lo han tenido en esa *falta de reservas,* en esa *desnutrición* en que ha sorprendido al pueblo que *fue* cristiano.

Desfallecerán en el camino...

49. ¡Con qué triste fidelidad se ha cumplido la predicción del Profeta: "Se arideció mi corazón porque dejé de comer mi pan!".

Cuando yo veo a esas turbas que pueblan los alrededores de nuestros templos y en las lágrimas de sus ojos y en el rechinar de sus dientes y en la postración exterior de sus cuerpos, adivino los

desengaños, las desesperaciones y las rabias de sus adentros, como si fueran incurables, teniendo tan cerca al Médico, no puedo menos de acordarme de la gran lástima con que el Maestro vaticinaba estas hambres la tarde de la multiplicación del pan: "Si los envío a sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino" (Mc 7,3).

***

50. ¡Ay! qué relieve tan triste toman esas palabras aplicadas a esas muchedumbres que viven desesperadas en torno de nuestros Sagrarios, que los poblaron un tiempo aun olvidándose de sí mismos, hasta que llegó el día en que predominó el criterio humano que expresaban algunos de los apóstoles, todavía terrenos: Y las turbas fueron despedidas de la compañía de Jesús sin que se les diera el pan de la multiplicación y se cumplieron en aquellos pobres despedidos los temores del Corazón de Jesús. ¡Desfallecieron de hambre en el camino y no tuvieron fuerzas para volver! ¡Y ahora que no se me diga que el pueblo *no comulga porque se fue!* y está muy ido, que yo digo que lo contrario es la verdad, que el pueblo *se fue porque no se le dio de comulgar*.

Ésta es la verdad, la gran verdad que ojalá ninguno perdiéramos de vista para enmendar yerros y corregir procedimientos!

Un reparo

51. Cierto que todavía y en determinados lugares y ocasiones, muchedumbres que no comulgan, invaden las iglesias. Cierto que hay mucha gente que no comulga a la que no se le puede negar el título de cristiana. Es cierto eso, es verdad. Pero ¿no es cierto también que la vida cristiana, netamente y prácticamente cristiana, de esas muchedumbres es más que problemática? ¿No es cierto que lo poco bueno que aun les queda, no es ni más ni menos que el olor, o el eco de lo bueno de otros tiempos que fue muy abundante, como son las costumbres, las tradiciones y los hábitos por fortuna nuestra tan arraigados en nuestra patria?

Triste es decirlo, pero mucha parte del pueblo que llamamos cristiano está sosteniéndose hoy no por alimentación material y directa, sino por la de los casos desesperados ¡por inhalaciones!

De modo que el problema de la despoblación del Sagrario se agiganta y toma proporciones espantosas al pensar que, si no corremos con el remedio, las lágrimas y los lamentos que ahora nos arranca tanta soledad, tendremos que distribuirlos duplicados sobre nuevas y más horribles soledades [2].

¡Respiremos!

52. Al llegar aquí, yo que tantas veces he enarbolado la bandera del optimismo sano y vigorizante, siento pena de haberos quizá encogido el corazón con la descripción de ese cuadro tan desconsolador.

¡Dios mío, llevar penas a los queridos hermanos, que tantas y tan amargas tienen que devorar cada día! ¡Perdonadme, hermanos y almas buenas que me leéis, siquiera en gracia a los consuelos que para esta hora os tengo preparados!

Yo os puedo decir y asegurar con toda verdad, que ese mal del abandono del Sagrario, que todos lloramos, es curable, más aun, se está curando.

¿Cómo vendrán?

[2] ¡Qué terrible realidad han tenido estos temores en las sacrílegas devastaciones de los años 31, 34, 36 y 37!

53. Dejad que el cura aquél os vuelva a contar las cosas que decía al Amo de su Sagrario en las horas que ante Él se pasaba: "Llenar mi parroquia, Señor, ¡cuánto lo ansío!. ¡Qué alegría verla con las puertas abiertas de par en par, para que los fieles que no caben dentro, rebosen hacia fuera y todo el pórtico tenga que convertirse en iglesia! ¡Mi iglesia llena, Señor!" Y parece que le respondían desde *allá dentro:* ¿Llena?

¡Cuando tú quieras! Mira, Yo no me pago de la grandeza del *número* de los hombres, sino de la grandeza de sus *virtudes*, y de sus obras buenas. Yo no vine a levantar ejércitos que asustaran a los hombres, sino a sembrar y fecundar virtudes y obras buenas que purificaran la tierra y embalsamaran el cielo. Yo no me siento acompañado con el *número* sino con la *calidad.* Muchas veces veo mis iglesias llenas de pueblo y me siento solo y tan abandonado como en el Huerto.

54. Mira, sacerdote mío, despreocúpate tú de la sugestión del número y preocúpate más de la calidad. Más que llenarme de gente mis iglesias, preocúpate en llenármela de *buen olor* de Comuniones fervorosas, de *adoraciones* rendidas, de *suspiros* de amor, de *aspiraciones* de esperanza, de *inspiraciones* de fe, de *oraciones* bien rezadas, de *lágrimas* de pecadores, de *propósitos* eficaces de enmienda, de vida intensamente eucarística.

Déjame a Mí multiplicar la gente cuando tú con mi gracia, multipliques la *alegría* que en Mí y en ti ha de producir el olor de esas cosas buenas.

Llena mi templo de olor de *cosas buenas* y yo te prometo que ese olor se extenderá por las calles y las casas de tu feligresía y verás cómo la iglesia tuya será pequeña y tendrás que levantar más iglesias para los que han de venir...

Pero sabe que no puede haber cosas buenas con mi *Sagrario cerrado.*

Mira que hombres y obras que *no pasen* por el Sagrario *abierto*, no pueden *oler bien* y al fin y a la postre *olerán a muerto.*

Mira que si te duelen las injusticias que padecen los pobres, las penas de los enfermos, los escándalos de los niños..., te debe doler *sobre todo dolor* el abandono que padezco en el Sagrario, que es la injusticia de más urgente y transcendental reparación y la pena que más enardece y el escándalo que más ruinas trae a las almas...

***

¡Nació la Obra de las Tres Marías y de los Discípulos de San Juan para los Sagrarios-Calvarios!

II. La Obra nacida

1. ¡Las Marías! ¡Ahí están!

55. Permitidme que a título de *partida de nacimiento* transcriba aquí la noticia que de su aparición publiqué en mi "GRANITO DE ARENA" de marzo de 1910.

"Tiempo ha que en mi mente viene dando vueltas una idea y en mi corazón un deseo algo inquietante sobre una obra que yo estimo de urgente necesidad.

Madurados, a mi parecer, una y otro, quise aprovechar el primer viernes de cuaresma [3] para hacer su promulgación.

Lo que en la plática del retiro de aquel día dije, quiero repetirlo aquí para su mayor divulgación.

[3] Día 4 de marzo de 1910.

Pero antes de exponeros la obra y a guisa de prolegómeno indispensable, quiero poner de manifiesto

Una situación muy triste

56. Muy triste, sí. Pero con todo el color negro y sabor amargo que queráis poner a esa tristeza, es la situación en que se encuentra en muchísimos Sagrarios, Jesucristo Sacramentado.

Vais a permitidme, señoras, que yo que invoco muchas veces la solicitud de vuestra caridad en favor de los niños pobres y de todos los pobres abandonados, invoque hoy vuestra atención primero y vuestra cooperación después, en favor del *más abandonado de todos los pobres:* ¡Él santísimo Sacramento!

Abandonado y pobre le he llamado. ¡Que no se alarme vuestra piedad! Voy a explicarme.

Abandonado, digo, y vais a ver hasta qué punto y en qué medida.

Hay pueblos, no creáis que allá entre los salvajes, hay pueblos, ¡en España!, en los que se pasan semanas, meses sin que se abra el Sagrario. Y otros en los que *no comulga nadie ni nadie vista al santísimo Sacramento.* Y en muchísimos, si se abre, es para que comulgue alguna viejecita del *tiempo antiguo.*

En esos pueblos, muchos de sus habitantes ni saben ya que hay Sagrarios, ni qué es comulgar, y llegan al fin de su vida sin haber hecho la primera Comunión.

Si a esos desgraciados les preguntáis por la casa de Jesucristo en aquel pueblo, no sabrían qué responderos.

¡Abandonado! y ¿qué mayor abandono que estar solo desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana?

Así, completamente solo está Jesucristo en muchísimos Sagrarios, y por consiguiente...

¡Pobre!, no ya de pobreza material, que en ésa, hay Sagrarios que en nada se diferenciarían del primer Sagrario de Belén, sino con pobreza de calor, de oraciones, de virtudes, de compañía...

¡Él, pidiendo desde su Tabernáculo a cada uno de los moradores de aquel pueblo, un poquito de cada una de esas cosas, no recibe nada!

57. En torno de esos Sagrarios no hay ni calor de corazones amantes, ni lágrimas de ruegos, ni suspiros de arrepentimiento, ni ayes de necesitados, ni gratitud de reconocidos, ni rodillas dobladas, ni cabezas inclinadas, ni ojos que miran, ni bocas que piden, ni corazones que se ofrecen... ¡Nada!

Una lámpara mugrienta, muchas veces apagada, dos velas empolvadas de no servir, una reja de goznes enmohecidos de no girar y alguna que otra telaraña. He aquí todo el acompañamiento de Jesucristo Sacramentado.

¿Conocéis a algún pobre, algún abandonado en situación más triste?

Yo no lo conozco. Busco con quien compararlo y la única situación que encuentro que pueda compararse con ésta, es la en que se vio el mismo Jesucristo en el Calvario.

¡Qué! ¿Jesucristo en el Calvario, abandonado de Dios y de los hombres por quienes se inmolaba, no se parece mucho al Jesucristo del Sagrario abandonado, no de Dios, que lo impide su estado glorioso, pero sí de los hombres por quienes se inmola constantemente?

Si hay alguna diferencia, es desfavorable para su vida de Sagrario.

En el Calvario, siquiera había unas Marías que lloraban y consolaban. En esos Sagrarios de que os he hablado ¡ni eso hay!

¡Calvarios sin Marías!

58. Eso son muchos de nuestros Sagrarios.

Y he aquí, hermanas mías, para lo que yo os pedía la cooperación de vuestra caridad.

Yo no os pido ahora dinero para los niños pobres. Ni auxilio para los enfermos. Ni trabajo para los cesantes. Ni consuelo para los afligidos. Yo os pido una limosna de cariño para Jesucristo Sacramentado; un poco de calor para esos Sagrarios tan abandonados. Yo os pido, por el amor de María Inmaculada, Madre de ese Hijo tan despreciado, y por el amor de ese Corazón tan mal correspondido, que **os hagáis las Marías de esos Sagrarios abandonados.**

¿Cómo?

59. Para eso es la Obra de que os hablaba al principio: La *Obra de las "Tres Marías".*

Su fin, ya lo habéis oído: *Proveer de Marías adoradoras los Sagrarios desiertos,* convertidos hoy en Calvarios por la ingratitud y el abandono de los cristianos.

La Obra, pues, se dedicará, como a su objeto esencial y necesario, a procurar que no haya Tabernáculo sin sus **tres Marías** que trabajen para que se abra el Sagrario y se visite al santísimo diariamente.

Y ahora, almas amantes del Corazón Eucarístico de Jesús, corazones a quienes punzan las espinas suyas y que palpitan al unísono con Él, ¡al Calvario con Jesucristo solo!, o, lo que es lo mismo, ¡al Sagrario con Jesucristo abandonado! ¡Marías adoradoras, ante los odios de los fariseos modernos y las ingratitudes del pueblo *que fue cristiano,* y las cobardías y perezas de los discípulos, ocupad vuestro puesto! **¡Junto a la Cruz con María su Madre...!**

¿Qué son, pues, las Marías?

60. Una Obra de reparación eucarística para en unión de María Inmaculada y a ejemplo de las Marías del Evangelio, dar y buscar compañía a los Sagrarios abandonados, solitarios o poco frecuentados.

Razón del hombre

Se llamó **Obra** en sus comienzos, pero Su santidad Pío XI en su Breve de 22 de agosto de 1934, le dio el título de *Pía Unión* con Director general para toda la Obra.

Se dice de las **Marías** porque trata de reanudar e imitar cerca del Corazón Eucarístico abandonado, el ejemplo de María Inmaculada al pie de la Cruz y de aquellas piadosas mujeres del Calvario, llamadas por el pueblo cristiano con el nombre familiar de las *Marías.*

Se dice de las **Tres Marías,** porque la Obra aspira a proveer cada Sagrario abandonado de *tres* almas adoradoras *por lo menos.*

Y por último, de los **Sagrarios-Calvarios,** porque el estado de abandono, desconsuelos y crueles desprecios en que la ingratitud de los cristianos pone al Corazón de Jesús en los Sagrarios y en los altares de sus Sacrificios, recuerda y aun reproduce con creces, su estado de Calvario.

Adviértase que cuando se habla aquí de Sagrario abandonado, se sebreentiende de los fieles, mas no del sacerdote encargado de él.

Fin esencial

61. El mismo de las primeras Marías: *Estar junto a la Cruz de Jesús,* acompañar y buscar compañía al Corazón Eucarístico de Jesús en unión de María Inmaculada, en los Sagrarios en que nadie o muy pocos lo acompañan. O sea, proveer por lo menos de tres Marías adoradoras los Sagrarios desiertos.

La Obra de las Tres Marías reconoce como el mayor mal de todos los males en el orden práctico y causa a su vez de las peores ofensas a Dios y de los más graves daños a la Iglesia, a la sociedad, a la familia y a las almas, el **abandono del Sagrario**, y contra él viene a trabajar por todos los medios que el celo dicte.

Téngase muy presente que las Marías no van *principalmente* a enriquecer y adornar materialmente los Sagrarios, ni a emular a otras hermandades en cultos espléndidos, ni a cosas parecidas. La *misión esencial* de las Marías es **llevar compañía** al Sagrario no frecuentado o abandonado.

Yo pido a los ángeles adoradores de esos Sagrarios, que graben con caracteres de fuego en el corazón de las Marías, estas dos palabras: **Abandono y Compañía.** Ésa es toda nuestra Obra.

Oficios de las Marías

62. Según el santo Evangelio, las Marías acompañaron al Señor: *1º sirviéndole* (ministrantes). *2º ungiéndole* (emerunt aromata ut venientes ungerent Jesum). *3º llorando y lamentándose* (plangebant et lamentabantur). Y *4º estando de pie* junto a la Cruz cuando todos lo abandonaron (stabant juxta crucem).

Esos mismos son los oficios de las Marías de los Sagrarios-Calvarios:

1º. Servir al Corazón Eucarístico abandonado o solitario con la *Comunión y visita* propias cada día y con *propaganda* para buscar otras Comuniones y visitas para el mismo Sagrario.

2º Perfumar esas Comuniones, visitas y propaganda eucarística, con el *buen olor* de una vida de *hostia.* O sea, de mucha humildad, caridad y modestia en trajes y costumbres.

3º Llorar y lamentarse con el Corazón Eucarístico de Jesús, pidiendo, amando, consolando, mortificándose y reparando por los desventurados vecinos de aquel Sagrario al que debían ir y no van.

4º Permanecer fieles junto al Sagrario sin intimidarse ni ante los malos que se oponen, ni ante los discípulos que huyen, murmuran o se cansan.

Tener por divisa: **"A más abandono de los demás, más compañía mía".**

Una María es, pues, la *servidora, la embalsamadora, la consoladora y la incansable adoradora* de un Sagrario en que el Corazón de Jesús no tiene ni quien lo sirva, ni lo unja, ni lo consuele, ni lo adore.

Clases de Marías

63. Dos, unas contemplativas y otras activas, según la presencia con que acompañen su Sagrario. Serán Marías *contemplativas*, las que acompañen su Sagrario en espíritu. Y *activas*, las que lo acompañen en espíritu y en acción.

Las Marías *contemplativas*, pues, han de acompañar su Sagrario, comulgando y visitando diariamente al santísimo Sacramento en donde quieran, con la intención de acompañar en espíritu con esta Comunión y visita el Sagrario abandonado que se les señale.

También pueden acompañar su Sagrario ofreciendo al Corazón Eucarístico de Jesús, todas sus obras buenas del día, sus Misas, Comuniones espirituales y jaculatorias, con la intención de reparar el abandono en que está en aquel Sagrario.

Las Marías activas unirán al oficio de las anteriores el *ir personalmente* a su Sagrario, cuando puedan, comulgando en él, visitándolo, suplicando en este caso al encargado del mismo, la exposición menor y la bendición con el santísimo y trabajando por medio de hojas, relaciones de amistad, conversaciones, visitas de casa en casa, organización de catequesis, escuelas dominicales o nocturnas, retiros, misiones, etc., etc., para buscar Comuniones, frecuencia de Sagrario y asistencia a la santa Misa diaria, fomento del canto litúrgico popular y del espíritu eucarístico en las asociaciones y obras piadosas y cooperación al párroco.

Las Marías Nazarenas [4]

64. Por misericordia del Amo, existe desde el año 1921 una tercera clase de Marías, las *Marías Nazarenas,* que viven en comunidad, sin hábito religioso y con el espíritu más riguroso de los votos, cuyo fin es vivir *sólo* para ser *Marías* y formar y conservar núcleos de Marías enteradas, de almas selectas, por lo pueblos que visitan y en los que ejercen un suave y constante *apostolado de amistad, ejemplo y oración.*

Sus casas de "Nazaret" tienen para la diócesis o región donde se establecen, un triple carácter: 1º Casa madre de la Obra. 2º Escuela de Marías, y 3º Secretariado para la propaganda y organización.

Estas Marías Nazarenas tienen su organización conforme a los sagrados Cánones. Viven de lo que la Providencia les da por medio de su trabajo, sus dotes y limosnas espontáneamente ofrecidas. Forman el Secretariado general de la Obra y gracias a Dios, cuentan con una estadística gloriosa en trabajos y frutos.

Las Marías Nazarenas vienen a ser como **la flor** de la Obra de las Marías. La flor es **perfección y multiplicación** de la planta que la produce.

El grado de las Marías Nazarenas será el *estado perfecto* de las Marías y el *medio de multiplicarlas,* fundándolas, formándolas en el más puro espíritu, conservándolas, organizándolas, buscándolas en los pueblos o trayéndolas, cuando se pueda, a hacer ejercicios espirituales y ensayos de vida apostólica o de María activa en su *Nazaret.*

Siendo **flor** y conservando los oficios indicados de ésta, prefiere vivir como **raíz** que dé jugo sin producir ruido ni esperar nada. ¡Como Jesús en su vida de Hostia!

La Comunión de las Marías

65. De ningún modo será María activa ni contemplativa la que, pudiendo, no comulgue habitualmente a diario. Las que presten algún servicio de Marías, pero no comulguen a diario, se tendrán como aspirantes a María, pero no como Marías.

Las impedidas de comulgar por causas físicas o morales ajenas a su voluntad, pueden ser Marías a condición de que *tiendan* a la Comunión diaria sacramental y, mientras, la suplan con la espiritual.

Lo mismo digo de la visita diaria al santísimo Sacramento.

Como estoy convencido de que no siempre son posibles a las Marías la Comunión sacramental y la visita diaria al santísimo, a pesar de mi gran deseo de que así sea, no puse en las preces a Su santidad, pidiendo el privilegio de altar portátil de que más tarde hablaré, la condición de Comunión diaria, sino frecuente, para quitar ansiedades de conciencia a las Marías y poder dejar al recto juicio de los respectivos Directores diocesanos, el apreciar en cada caso las causas que eximan de la Comunión diaria a esas Marías de sólo Comunión frecuente.

Pero conste que, a pesar de que se puede gozar, el privilegio pontificio con la sola Comunión frecuente, o sea, varias veces por semana, mi deseo firme y la conveniencia de la Obra es que toda María sea de Comunión sacramental y visita diarias.

La razón es muy obvia: si nadie da lo que no tiene, y las Marías han de dar a los demás *mucho amor al Sagrario,* ¿cómo lo van a dar, si ellas no lo tienen? Y yo creo que un alma que tenga mucho amor al Sagrario, hará lo posible y lo imposible por ir todos los días a comulgar y a visitarlo.

2.- LA PROPAGACIÓN

---

[4] Esta Congregación Religiosa lleva actualmente el nombre de: **Misioneras Eucarísticas de Nazaret.**

66. Echadas a volar algunas de las anteriores ideas siendo yo Arcipreste de Huelva, en mi GRANITO DE ARENA, quise contrastarlas con el sello de la autoridad eclesiástica, para seguridad mía y fecundidad de ellas, y escribí a mi amadísimo Prelado y a todos los venerables Prelados españoles, exponiéndoles el proyecto y pidiéndoles, caso de merecer su aprobación, la divulgación de la Obra por sus Boletines y su implantación mediante el nombramiento de Directores diocesanos.

El éxito más lisonjero respondió a mis cartas.

Casi todos los señores Obispos contestaron aprobando con elogio e interés la Obra de **Las Tres Marías** y se dignaron enviarme los Boletines en que la daban a conocer. Y otros además, nombraron Directores diocesanos para la propaganda y establecimiento de la Obra.

Entre todos debo y quiero hacer especial mención del que fue mi amadísimo Prelado, el llorando Cardenal Almaraz, por la pronta y expresiva aprobación que dio a la Obra en el Boletín Eclesiástico de la diócesis.

Del **Boletín eclesiástico** de la diócesis de Sevilla:

67. "Desea el Rvdmo. Prelado que los señores curas párrocos acojan el pensamiento de la **Obra de las Tres Marías,** del señor Arcipreste de Huelva. Pues con ser tan sencillo y de tan fácil ejecución, es un medio eficacísimo para estimular la piedad y hacer que los pueblos vivan del espíritu de fe, acompañando al Divino Prisionero, que se ha quedado en los Sagrarios por amor a los hombres".

La Obra, pues, estaba bien nacida, bautizada y confirmada.

Copié en hojas sueltas los artículos de Él GRANITO DE ARENA con la noticia de la Obra, y con la bendición del Divino Sembrador, empecé a sembrar hojas por toda España, Portugal y la América latina.

En poco tiempo, se repartieron cuarenta y cinco mil hojas de propaganda de la Obra.

Después, ¿quién podría contar el número? Hoy ascienden a millones.

¡Y cuánto tengo que bendecir al Corazón Eucarístico de Jesús por las respuestas recibidas! ¡Con qué prontitud, ardimiento y delicadeza ha respondido el amor dolorido por el abandono de los Sagrarios!

Lo confieso ingenuamente, más de una vez han acudido a mis ojos lágrimas de gozo y consuelo a un tiempo, al leer cartas de párrocos de pueblos, de corazones de piedra para con Jesucristo y su cura, pidiéndome angustiosamente Marías que siquiera en espíritu, acompañen sus Sagrarios tan solos y tan tristes. O almas ignoradas de religiosas y seglares que ofrecen sacrificios y trabajos heroicos para calentar los Sagrarios fríos. De niños y niñas que se constituyen en los únicos adoradores y visitadores de los Sagrarios de sus parroquias. O de enfermos impedidos que, no pudiendo personalmente ir a ningún Sagrario, piden uno para acompañarlo con sus actos de amor, paciencia y ofrecimiento resignado de sus penas y males.

68. Sí, bendito mil y mil veces sea el Corazón Eucarístico de Jesús por esas manifestaciones de amor sufrido, callado, generoso, magnánimo, de tantos corazones heridos por la pena de los abandonos que Él padece.

Posteriormente han caído sobre nuestra Obra las recomendaciones más calurosas y decididas de los Congresos Eucarísticos Internacionales de Madrid, Viena, Malta, Lourdes y otros más recientes a más de no pocos nacionales y regionales.

Con motivo de la celebración del primer Congreso Catequístico de Valladolid, a los tres años de fundada la Obra, tuve el inmenso gusto de reunir por dos veces a más de treinta Directores diocesanos y a más de mil Marías de toda España, tomando acuerdos muy trascendentales para la buena marcha de nuestra Obra y de modo parecido, aunque con mucho mayor número, en el Congreso Eucarístico Nacional de Toledo en 1926.

El Episcopado y las Marías

69. Muy pocos datos necesito citar para demostrar hasta la evidencia, la benevolencia y más el cariño con que los Rvdmos. Prelados miran y tratan nuestra Obra.

1º En los doce años, que al publicar por primera vez estas líneas llevaba la Obra de vida pública, se habían fundado en España, con la aprobación y en muchos casos a petición de los Rvdmos. señores Obispos, Centros diocesanos en casi todas las diócesis.

2º En las solemnes fiestas de bendición e imposición de insignias a las Marías verificadas hasta ahora, los señores Obispos respectivos, han querido dar una prueba de su amor a la Obra, celebrando ellos mismos de pontifical la ceremonia, y la santa Misa de Comunión y dirigiendo su autorizada palabra, así como presidiendo sus juntas generales.

3º Sé que hay Prelados que encargan a sus misioneros propaguen y fomenten esta Obra en sus misiones y todos han concedido gracias e indulgencias por las prácticas y devociones de la misma.

¡Cuánta seguridad y cuánta fecundidad da a nuestra amada Obra, esa aprobación y ese cariño de los Pastores de la Iglesia! El llorado Cardenal Aguirre, Primado de España, dijo: A las Marías está reservada la reconquista de España para Jesucristo.

Los párrocos y las Marías

70. Puesto a decir la verdad, con la que quiero vivir desposado, manifiesto sinceramente que al dar los primeros pasos, nuestra Obra tropezó en algunas partes con algo de reserva o prevención de los párrocos. Pero con la misma sinceridad debo confesar que el celo discreto y perseverante de las Marías, y el más claro conocimiento que de la misión de éstas fueron adquiriendo los párrocos celosos, disiparon pronto los recelos y hoy en esos mismos pueblos, son recibidas y estimadas las Marías, no como *policías* que van a *fiscalizar* la acción del párroco, ni como *mandonas* que van a disponer a su antojo, sino, como **Marías** que van *detrás* del párroco como iban las del Evangelio detrás del Señor, para ayudarle, servirle, consolarle y, cuando otra cosa no puedan, llorar con él.

Gracias a Dios, nuestros párrocos conocen, desean y aman la Obra de las Marías. ¡Cuántas cartas, cuántos testimonios poseo del agradecimiento que le tienen, del consuelo, auxilio y frutos que de ella reciben.

Una dificultad

71. En mis viajes de propaganda he podido observar que casi la única dificultad y más que dificultad *recelo* que impide a algunos espíritus rectos, entusiasmarse con nuestra Obra es el *agobio* que dicen que padecemos de *Obras nuevas,* contando la nuestra en el número de Obras nuevas.

Dejando para otro lugar discutir la conveniencia de oponer a tanto mal *nuevo* remedios *nuevos,* contesto sólo aquí al recelo aquél diciendo que las Marías en la Iglesia no son nuevas. Son antiguas como el Evangelio. Lo nuevo ha sido, y a nosotros nos ha tocado el triste privilegio de verlo y sentirlo, el que no las haya; el que esté Jesucristo sin Marías en su vida de Sagrario. Y a eso viene esta Obra, a procurar que haya junto a Jesús Sacramentado lo que siempre hubo: Marías...

La Obra de las Marías, **nació en la fidelidad de Galilea. Se bautizó en las lágrimas de la calle de la Amargura. Se confirmó en la sangre del Calvario. Y se perpetuó en el amor de la Eucaristía...**

Ya ven si es antigua nuestra Obra. Por esa razón no admito que me digan que yo he sido quien la ha fundado, sino quien por misericordia de Dios la ha echado de menos...

Órgano

72. La Obra tiene por órgano oficial en la prensa la revista EL GRANITO DE ARENA que escribí y publiqué primero en Huelva, después en Málaga y ahora en Palencia [5].

3.- ORGANIZACIÓN

73. Esta Obra es una *Pía Unión* con un Moderador general para todo el mundo. Tiene carácter diocesano. Y está sometida en cada diócesis al respectivo Ordinario.

A éste compete el nombramiento de Director diocesano y la erección canónica, así como el permiso en cada enfermedad, para el uso del gran privilegio pontificio del altar Portátil a las Marías enfermas [6].

Al Moderador General compete señalar las condiciones esenciales de la Obra. Tomar las medidas necesarias para la conservación e intensificación del espíritu de la misma. Llevar registros generales de Directores y Centros. Él archivo y estadísticas. Fomentar la propaganda y fundación de nuevos Centros. Y cuanto exija el bien general de la Pía Unión.

Al Director diocesano corresponde nombrar su Junta auxiliar en la capital y directores arciprestales y locales en los pueblos; firmar patentes; admitir; presidir las Juntas, etc., etc. [7]

4.- LOS DISCÍPULOS DE SAN JUAN

74. Nacieron poco después de las Marías.

Un fervoroso novicio benedictino, enterado de la Obra por Él GRANITO DE ARENA y entusiasmado por ella, me escribió con permiso de sus superiores, pidiéndome el puesto de san Juan Evangelista para él y sus connovicios que estaban ansiosos de acompañar en espíritu los Sagrarios-Calvarios que se les designaran.

Mi respuesta, como es de suponer, fue afirmativa y desde entonces comencé a proponer el puesto de san Juan a los hombres y a pedirles que se hicieran *Juanes* de esos Sagrarios-Calvarios.

Aunque su propagación no ha corrido pareja con la de las Marías, pues parece que se sigue conservando para nosotros, los hombres, la triste proporción de *un* Juan por *tres* Marías del Calvario, no deja de extenderse con solidez de cimientos y eficacia de frutos.

Ya son muchos los Centros que se glorían de tener sus grupos de Discípulos de san Juan sacerdotes y seglares.

Rama de estos Centros y muy frondosa por cierto, es la Obra de los *Discípulos de san Juan Seminaristas* que durante el curso con la compañía espiritual y en las vacaciones con sus trabajos de propaganda y reparación eucarísticas están poblando no pocos Sagrarios y adiestrándose para luego ser sacerdotes eucarísticos, penetrados del odio al abandono del Sagrario.

Así como a las Marías les ha nacido un tercer grupo, las Marías Nazarenas, a los Discípulos de san Juan les ha nacido en el año 1918, otro tercer grupo de Discípulos de san Juan, los sacerdotes Misioneros Eucarísticos Diocesanos, que al estilo de aquéllas viven en comunidad, con el espíritu de una hermosa vida apostólica.

---

[5] Actualmente, tanto la Redacción como la Administración de EL GRANITO DE ARENA, residen en: Calle Tutor 15-17; 28008 MADRID.

[6] Después del Concilio Vaticano II, no es necesario pertenecer a la Obra de las Marías, para conseguir el permiso de que celebren la santa Misa en la habitación de un enfermo.

[7] Véanse los Estatutos de la Obra de los Sagrarios-Calvarios, renovados en la forma de organización y gobierno para su adaptación a las orientaciones del Concilio Vaticano II. Al conjunto de todas las ramas de la Obra de los Sagrarios-Calvarios, se le designa ahora: **UNIÓN EUCARÍSTICA REPARADORA (UNER).** Las distintas secciones son: Marías de los Sagrarios; Discípulos de san Juan; JER (Juventud Eucarística Reparador); RIE (Reparación Infantil Eucarística); Institución de Misioneras Auxiliares Nazarenas.

Los horribles desastres que desde el año 1931 hasta el cautiverio por los rojos, cayeron sobre la desgraciada Málaga, disolvieron esta Obra de Misioneros Eucarísticos Diocesanos que tantos frutos había producido. No pierdo la confianza en el Corazón de Jesús que la resucitará.

5.- LOS NIÑOS REPARADORES

75. Para reparar el mal de los Sagrarios sin niños y de los niños sin Sagrario, agravado por los tiempos que hemos padecido de escuelas laicas y guerras a las almas de lo pequeñuelos, propuse a las Marías, al comenzar el año 1934, la formación de grupos de Niños y Niñas Reparadores de aquel doble mal, reorganizando así y dando una nueva forma a aquellos «Juanitos» que en el año 1912 fundara en las Escuelas de Huelva y que con el mismo nombre se organizaron por entonces en otras poblaciones. Esta rama infantil de nuestra Obra, será además, el plantel de donde salgan los genuinos Discípulos de san Juan y Marías, formados desde pequeñitos en el conocimiento, amor y vida del Sagrario y en la reparación de sus abandonos.

Sus obligaciones

Como mínimo se les exige la Comunión sacramental semanal y la Comunión espiritual y visita personal al Sagrario diarias, rezando sus preces propias. Como máximo, la Comunión sacramental y una decena del rosario diarias, pequeños sacrificios frecuentes y reparadores, apostolado eucarístico entre sus compañeros y cuanto se le ocurra a un corazón puro, enamorado por Jesús. Tienen su insignia, normas y revista propias.

Expansión y frutos

76. Los frutos de esta Reparación Infantil no se hicieron esperar: por todas las regiones de España comenzaron a surgir grupos de Niños y Niñas Reparadores, especialmente en los pueblos, donde en no pocos son ellos el consuelo de Jesús y del párroco, supliendo ausencias y abandonos de los mayores. Pronto los establecieron también en México, Venezuela y otras naciones americanas. Y hasta en Holanda contamos con otro simpático grupo. A pesar de ser obra de selección, suman ya varios miles y el fervor y entusiasmo con que hacen sus Comuniones y visitas, sus sacrificios, en número verdaderamente asombroso y aleccionador para los no niños, sus viajes con las Marías a otros pueblos de Sagrarios menos acompañados, y su apostolado y buenos ejemplos, están dando al Corazón de Jesús alegrías muy grandes y compensadoras y atrayendo sus más ricas bendiciones.

Visto el incremento que tomaba esta **"infancia eucarística"** y con objeto de ayudar a su formación, propaganda y mutuas relaciones y estímulos, se comenzó a publicar en enero de 1937, como suplemento de Él GRANITO DE ARENA, el periodiquillo ilustrado **REINE** (Reparación Infantil Eucarística) que ha sido acogido con enorme interés no sólo por nuestros Niños Reparadores, sino por otros muchísimos pequeñuelos de catequesis y escuelas [8].

6.- LOS ASPIRANTES [9]

[8] Actualmente en vez de llamarse REINE, esta revista infantil, se llama R.I.E.

[9] Este Aspirantado es hoy la **JER (Juventud Eucarística Reparadora)**, con su organización renovada según las directrices del Concilio Vaticano II.

77. *Nos complacemos en afirmar que en septiembre de 1940, la creación del Aspirantado ha sido acogida con entusiasmo y que todos los Centros lo van organizando obteniendo preciosos frutos de estos grupos selectos de juventud, sólidamente formados en el espíritu de reparación eucarística de nuestra Obra.*

El porqué de esta sección

Las circunstancias de los tiempos y el espíritu de nuestra Obra, hicieron ver a nuestro venerado Padre Fundador, de santa memoria, la necesidad de organizar aparte, como grupo infantil dentro de nuestra querida Pía Unión, a los niños y niñas selectos para que vivan el espíritu eucarístico reparador. Surgieron los Niños Reparadores. Pero éstos crecen y llegan a la edad tan delicada y tan necesitada de formación, en la que ni se les puede creer con la consistencia debida para perseverar en las obligaciones que nos impone el desagravio y la reparación a que hemos sido llamados los Discípulos de san Juan y las Marías, podemos contarlos ya entre los pequeños y pequeñas de la Reparación Infantil Eucarística.

Ante esto, se crea una sección intermedia de los que han sido Niños Reparadores, y que comprende desde los catorce a los dieciocho años, aproximadamente. Pueden pertenecer también los jóvenes (de ambos sexos), comprendidos en la edad señalada, aunque antes no hayan formado parte de la R.I.E. Este proyecto que nuestro amadísimo Prelado Fundador aprobó con satisfacción entre el sufrir de la enfermedad que nos lo llevó, se ha convertido en una realidad.

Obligaciones y prácticas del Aspirantado

Teniendo en cuenta que es un grado intermedio entre Niños Reparadores y Marías y Discípulos de san Juan, y, lo que a éstos se les pide, han de tender estos Aspirantes a la Comunión diaria o, por lo menos, frecuente, entendiéndose por ésta, tres veces en semana.

Hacen la visita diaria al santísimo.

III.- La Obra por dentro

78. Como el propósito de este libro es dar a conocer en toda su extensión e intensidad la Obra de los Sagrarios-Calvarios, aun a riesgo de repetir algunos de los conceptos ya emitidos en los anteriores razonamientos, quiero presentar reunidos y ordenados los motivos. Lo que pudiera llamar su meollo teológico.

LAS RAZONES DE SER DE LA OBRA

1.- El número verdaderamente abrumador de Sagrarios abandonados o solitarios.

79. Por datos dignos de toda fe, recibidos por mucha diversidad de conductos, se sabe que hay muchos Sagrarios que pasan meses y años sin ser abiertos. Que hay pueblos sin Reservado. Que los hay en donde hace años que no se administra ningún santo Viático. En las mismas capitales, los Sagrarios, especialmente de los barrios extremos, están solitarios casi siempre y si se abren algunas veces, es para dar la sagrada Comunión a lo que se van a casar, con temores muy graves de sacrilegio por ignorancia, irreflexión, falta de ayuno o mala fe. No va siendo raro, antes por desgracia relativamente frecuente, especialmente en algunas regiones de España, encontrar novios que hacen su primera Comunión al comulgar para casarse y hasta ancianos que hacen su primera Comunión en los Asilos en donde son recogidos por la caridad. Hasta tal punto ha llegado el

abandono del Sagrario en algunos pueblos, que se ha oído decir a algunos de sus vecinos: *aquí no se estila eso...*

2.- Los daños de esos abandonos

80. ***Tengo la persuasión firmísima de que prácticamente el mayor mal de todos los males y causa de todo mal, no sólo en el orden religioso, sino en el moral, social y familiar, es el ABANDONO del Sagrario.***

Si no hay otro nombre en el que pueda haber salvación fuera del nombre de Jesús. Si la sagrada Eucaristía, adorada, visitada, comulgada y sacrificada, es la aplicación de esa salud y por tanto, la fuente más abundante de gloria para Dios, de reparación por los pecados de los hombres, y de bienes para el mundo, el **abandono de la sagrada Eucaristía**, al cegar la corriente de esa fuente, priva a Dios de la mayor gloria que de los hombres puede recibir y a éstos de los mayores y mejores bienes que de Dios pueden esperar.

3.- La gravedad especial y trascendental del mal del abandono

81. ***Revistiendo el abandono del Sagrario, dentro de las ofensas contra la sagrada Eucaristía, una gravedad especial y trascendental, urge una Obra que haga fin esencial suyo combatir el abandono y la soledad de los Sagrarios.***

Existen Obras eucarísticas de adoración y reparación, de auxilios a la pobreza material de los Sagrarios, de primeras Comuniones, de sagrados viáticos y de otras varias formas, todas muy útiles y piadosas. Pero hace falta una Obra, que aprovechándose de la especialidad de todas esas otras, e ingeniándose con nuevos medios, lleve *a cada Sagrario abandonado,* la adoración que se le debe, el desagravio por lo que no se le da, y la compañía que el Jesús de aquel Sagrario espera y desea.

¿No es objeto digno, no digo ya de una Obra de celo, sino de un Instituto Religioso, el combatir el abandono del Sagrario? ¿No dio lugar a la fundación de famosos Institutos, la meditación y predicación de la santa Infancia o de la Pasión del Señor, de los Dolores de la santísima Virgen y otros objetos particulares dentro del campo de la piedad y de la religión?

¿Por qué, dentro del campo extensísimo de la reparación, y de la reparación eucarística, no ha de existir una especial para reparar el mal, el grandísimo mal, del abandono del Sagrario, ya sea este abandono absoluto o relativo, exterior o interior, o todo junto?

¿No pregona la medicina moderna, con su gran número de curaciones estupendas y buenos éxitos, las ventajas de las especialidades médicas? ¿Por qué no se ha de crear una *especialidad* para atacar ese mal tan distinto y de tanto relieve entre todos los males que perpetran los hombres contra el Corazón buenísimo de Jesús Sacramentado?

4.- Los designios delicadísimos del Corazón de Jesús en la distribución de los Sagrarios

82. Si el Corazón Eucarístico de Jesús ha llevado la delicadeza y generosidad de su amor a no quedarse en un solo Sagrario en el mundo ni en cada nación, ni en cada provincia, sino que ha querido estar en donde quiera que haya un puñado de hombres, o un grupo de casas de éstos; la delicadeza del amor cristiano no puede contentarse con adorarlo en las catedrales en donde mora como Rey, o en las iglesias de los conventos, o de esas Asociaciones eucarísticas en las que se le trata como Dios, sino que ha de trabajar por llevar sus adoraciones, su desagravio, su apostolado al Sagrario aquel abandonado en donde no se le trata ni como a hombre.

Una Obra que busca con ansia a nuestro Señor Jesucristo en el *mismo sitio* en que es profanado con el desprecio, o el odio; que lleva amadores al *mismo trono* de su amor desairado; que lleva bocas que hablen con Él, por Él y de Él, en el mismo pueblo en que no se habla sino *contra Él;* que lleva misioneros de la sagrada Comunión y de la visita del Sagrario a aquella misma gente que hasta desconoce o ha olvidado los nombres de Comunión, Eucaristía, santísimo Sacramento, Corazón de Jesús, y que no sabe ni en dónde mora Jesús en su pueblo, es una Obra que responde a una gran necesidad y al plan del Corazón Eucarístico de Jesús en la distribución de su amor.

83. Es cierto que la gloria que se le da al Corazón de Jesús en un Sagrario, repercute en todos los Sagrarios del mundo en que mora el mismo Corazón, pero así como Él no se ha contentado con hacer por medio de un Sagrario todo el bien que hoy hace por tantos, así nosotros no parece que debemos contentarnos con esa gloria de *repercusión*, sino que hemos de trabajar por dársela en cada Sagrario directamente.

Hace falta una Obra de reparación eucarística *con pies* y ésa es la Obra de las Marías.

84. A esa economía tan divinamente tierna y delicada de la multiplicación de los Sagrarios, para *facilitar* la alimentación y el consuelo de los hijos y la producción de la gloria de Dios, deben corresponder los hijos, colocando junto a cada Sagrario, bocas que coman, corazones que consuelen, almas que glorifiquen a Dios.

Como a la economía amorosa de la Providencia de distribuir las aguas por toda la superficie de la tierra, corresponde ésta con la producción y multiplicación de la vida vegetal y animal, así en torno de cada Sagrario, verdadera fuente de aguas vivas, debe producirse y multiplicarse la vida sobrenatural.

Un Sagrario en medio de un pueblo que no comulga ni trata con Jesucristo, es un río en medio de un desierto. Es decir, es una monstruosidad que no se da en el orden natural.

En este orden, si se diera el caso de un río que al paso de su corriente, no hiciera crecer ni una pobre mata silvestre, ni un arbolillo que sombreara un poco sus riberas, la naturaleza indignada o variaría su curso llevándoselo a tierras más agradecidas, o lo secaría con el ardor de los rayos del sol y con los desprendimientos de las tierras flojas e ingratas.

Esa monstruosidad que el orden natural no permite, la cometen los hombres con la fuente de agua viva que se llama Sagrario. ¡Hay tantos Sagrarios en medio de desiertos y sin oasis! ¿No llenará una gran misión sobrenatural la Obra que tome a pechos el formar Oasis espirituales junto a los Sagrarios, ora sembrando, cultivando las plantas ya marchitas del propio suelo, ora trasplantando de jardines ya cultivados y preparando injertos?

5.- La semejanza entre el Calvario y los Sagrarios abandonados.

85. No hay más diferencia que en el Calvario está Jesús pasible y en el Sagrario ya está glorioso. Por lo demás, si hay alguna diferencia, es desfavorable para su vida de Sagrario.

En el Calvario, en medio de las ofensas y del odio y del dolor, había unas Marías y al frente de ellas, María, Reina de los Mártires, que lloraban y consolaban.

En estos Sagrarios abandonados ¡no hay Marías!

¿No será muy grata al Corazón Eucarístico de Jesús la Obra que le procure Marías para sus Sagrarios-Calvarios?

6.- EL fomento de la Comunión frecuente y aun diaria de los fieles.

86. Está tan patente la realización de este fin por medio de la Obra de las Tres Marías, que no es preciso insistir en su aclaración.

La experiencia de la vida de la Obra aporta datos preciosos que lo demuestran brillantemente mejor que razón alguna... Son cosas tan unidas la Comunión diaria y nuestra Obra, y lleva ésta tanto a aquélla, que al paso que las demás Obras o Congregaciones piadosas y aun eucarísticas, exigen Comuniones mensuales, semanales o en determinados días, la de las Marías hace, no condición, sino *esencia* suya la Comunión diaria o por lo menos muy frecuente.

7.- La conveniencia de acabar con el aislamiento de los párrocos de los pueblos

87. Los encargados de los Sagrarios abandonados, poniendo a su servicio los elementos de piedad y propaganda de la capital de la diócesis o de otros pueblos en que abundan esos elementos.

Causa honda pena la situación de los pobres curas de Sagrarios abandonados. Pueden clasificarse en tres grupos:

1º. El de los curas fervorosos, trabajadores, celosos, que sin conseguir fruto visible, trabajan día y noche sobre corazones duros como la piedra y fríos como el hielo.

*2º. El de los curas desalentados y pesimistas.*Trabajaron con celo al principio. Pusieron en juego los recursos de su apostolado. Predicaron. Dieron limosnas. Creyeron hacer cuanto debían. Pero una calumnia, una torcida interpretación de sus actos, la indiferencia con que sus trabajos eran acogidos, el odio quizá que despertaron, el consejo de los prudentes según la carne de "no apretar demasiado", de "no exagerar la nota", de "la necesidad de reservarse un poco", de "que es inútil cuanto se haga", de "que todo está igual", etc. etc., y sobre todo la soledad, fueron abatiendo su espíritu, aflojando sus brazos, apagando su entusiasmo, cerrando y oscureciendo sus horizontes y acabó por hacer lo *corriente* y por caer en un triste desaliento.

3º. El de los curas caídos. Aunque por fortuna no tantos como desean nuestros enemigos, no faltan Judas en la Casa de Dios.

Un mal paso no corregido a tiempo. La corrupción y vida escandalosa del pueblo. Y, esta es la causa más frecuente, la persecución verdaderamente diabólica que algunos seres pervertidos emprenden contra la virtud del cura. La ociosidad y otras causas, hacen algunas veces del joven cura que fue a su parroquia piadoso, bien intencionado y lleno de celo, un desgraciado que no sirve para otra cosa que para alegrar al demonio y a sus secuaces y hacer llorar al ángel custodio del pueblo...

Ved ahora las ventajas que estas tres clases de curas pueden reportar de la Obra de las Tres Marías.

88. Para los *curas fervorosos*, la Comunión y visitas de las Marías servirán de consuelo y aliento.

¿Cómo no le ha de alegrar que haya personas piadosas que desde su pueblo trabajen por lo que él trabaja, pidan por lo que él pide, lloren, si no pueden otra cosa, por lo que él llora?...

89. Para los *curas desalentados* y de corazón muerto por el pesimismo, esta Obra es una *resurrección.*

Aquellas Marías que a pie, o atravesando largas distancias, vienen a un pueblo y le piden con ansia que les exponga, aunque sea con manifiesto menor, a su Divina Majestad o que les dé la sagrada Comunión y que se ponen de acuerdo con él para fundar o reanimar la catequesis, las Hijas de María, el apostolado; que van de casa en casa, invitando a sus moradores a que vayan al templo, a la santa misión, a la función de las Marías; que prometen al cura volver cuando él las llame y ayudarle en lo que ellas puedan, aquellas Marías, repito, son una resurrección para aquel pobre sacerdote, que a fuerza de verse tan solo, había llegado a creerse muerto para su ministerio en aquel pueblo.

90. Y ¿para el *cura caído?* La historia, aunque de poco tiempo no corta, de esta Obra, enseña que mientras unos, los menos, se han revuelto contra las Marías, se han negado a recibir su auxilio, las han recibido con mala cara y malos modos, otros, casi todos, seguramente atraídos por el espíritu de sacrificio y por la delicadeza de amor que lleva a las Marías a visitar su Sagrario, se han mostrado agradecidos y han llegado hasta a derramar lágrimas reveladoras, Dios sabe de qué gracias y qué sentimientos.

¡Soledad de los curas de pueblo, cuantas víctimas tienes!

Todo cuanto yo diga es poco de la necesidad que tienen los curas de pueblo de comunicarse con elementos de piedad y de propaganda de otros pueblos. Tengan presente que en esos pueblos en donde la religión parece extinguida, no hay Órdenes Religiosas, ni Asociaciones piadosas, ni compañeros que estimulen, su superiores que manden o alienten... y que para hacer frente a todo aquel cúmulo de pecados, vicios, escándalos, irreligiosidad, mala prensa, mala política, chismes, odios, atrasos, ignorancia y mala fe que forman esos pueblos, no hay más que un solo hombre, el cura con todos los auxilios de Dios, es verdad, pero con la fragilidad de un hombre de barro...

¡Dios mío, Dios mío, qué dignos de lástima son esos pobres curas solitarios de pueblos!

¡Gloria y gloria de héroe y de santo al que persevera!

¡Compasión y compasión grande, al caído!

8.- La descentralización de la piedad

91. Perdónenme la palabra, más propia quizá del lenguaje político, pero expresa muy al vivo el remedio de un no sé si llamarlo *mal o menos bien* que se da en el seno de los pueblos cristianos modernos.

Es un hecho, y explíquelo cada cual a su modo, que el odio, la malquerencia de la aldea o del pueblecito y el afán de la ciudad, son síntomas de los pueblos modernos.

El que vive en la aldea suspira por la capital de la provincia. Él que vive en ésta, por la capital de la nación. Consecuencia de esto es que los pueblos se vean cada vez más vacíos de elementos de valer y que las ciudades padezcan plétora de gentes sin ocupación.

Consecuencia también de esto es la languidez de vida, tanto intelectual, como industrial y de relación en que van entrando los pueblos y el exceso de actividad en todos los órdenes a que van llegando las grandes ciudades.

Consecuencia por último es la descentralización o estancamiento de la vida en las grandes ciudades, mientras se mueren de miseria los pueblos.

Algo de esto ocurre con la acción de la piedad cristiana. Sin meterme a censurar tendencias, las más de las veces impuestas por la misma naturaleza de las cosas y por el carácter de cada época, es lo cierto que, sin llegar a afirmar, ¡ojalá pudiera!, que en las capitales sobran elementos de acción católica, por lo menos abundan, al paso que en los pueblecitos escasean o faltan del todo. ¡Qué facilidad en las capitales para oír Misas y recibir los sacramentos a cualquier hora. Para encontrar predicadores, consultores y directores. Para hacer ejercicios y retiros espirituales. Para obtener datos, comunicaciones y ventajas de personas dedicadas a los distintos ramos de la acción! ¡Qué abundancia de Órdenes Religiosas, Instituciones benéficas y de acción social, etc.!

En cambio en los pueblos, de ordinario no se cuenta más que con un solo cura, a veces enfermo, otras anciano, tal vez por desgracia, aunque nunca con la frecuencia que suponen los enemigos, indigno por su conducta o por escasez de luces, casi siempre pobre. Y de ese único cura depende en lo humano toda la vida religiosa de aquel pueblo. De él sólo, hay que recibir los santos sacramentos, la Palabra divina, la enseñanza del catecismo, la asistencia de los enfermos, la educación de los niños, la mediación en las rivalidades, la paz, la luz y la sal de las almas...

Y esto no un día ni un mes, sino toda la vida...

¿Verdad que es mucho pedir? ¿No sería una obra de mucha y muy fina caridad tender un puente entre esos pueblos y las ciudades para que por él pase a aquéllos lo que sobra o al menos abunda, en éstos?

La Obra-puente

92. Ese puente es la Obra de las Marías...

Ellas, y lo mismo digo de los Discípulos de san Juan, buscan y hasta mendigan en las ciudades en donde moran, sacerdotes o Religiosos que misionen, confiesen, prediquen, den catecismo en los pueblos de sus Sagrarios. Éllas rebuscan de las Obras eucarísticas con ese fin establecidas, copones, cálices, corporales, etc., para sus Sagrarios pobres. Escapularios y objetos de piedad y propaganda para atraer a sus pueblos. Ellas van a los conventos de las almas contemplativas a pedirles oraciones y Comuniones con que acompañar espiritualmente sus Sagrarios. Ellas se empeñan en quitar periódicos malos y sustituirlos por suscripciones a los buenos, que a veces, ellas mismas pagan o ayudan a pagar. Éllas, puesto en actividad el ingenio por la fuerza del amor, se industrian en llevar incesantemente al Sagrario de sus desagravios y compañías, todo lo que a su alrededor encuentran que pueda servir de consuelo al Jesús que en él habita. ¡Hasta sindicatos y cooperativas llevan!

No se tema por esto que el cuidado de los pueblos dé por resultado el descuido de las buenas obras en las ciudades.

Antes por el contrario, se ha observado que, al abrir este nuevo campo de los pueblos y Sagrarios abandonados a la actividad de las almas buenas, se ha puesto en explotación energías nuevas y recursos nuevos que, o dormían en la rutina, o esperaban la revelación de esos grandes males para nacer a una vida de fervor y actividad no soñados.

¡Cuántos casos podría citar de almas entontecidas, atolondradas, vulgares, indiferentes, desorientadas, mal dirigidas y hasta inútiles para la piedad en las ciudades, convertidas en grandes almas al ponerse en contacto con esa gran pena del Sagrario abandonado y al poder saborear toda la dulzura de este suavísimo posesivo: **mi** Sagrario!...

¡Singular descentralización que hace llegar la savia a los extremos sin desmedrar al centro! ¡Admirable táctica para pelear contra el *absentismo* que está matando a los pueblos!

9.- La revolución desde arriba

93. Ésta, que se considera como la más radical de todas las revoluciones, es la que viene a operar en el campo de la piedad cristiana la Obra de las Marías.

¿Cómo? ¿Estamos convencidos de que la causa de todos los males que padece el pueblo viene del abandono en que todos, directores y dirigidos, han dejado al Sagrario? ¿Estamos convencidos de que unos ricos que comulgan *bien y a diario*, serán padres y no tiranos de sus operarios y dependientes?. ¿Y que unos pobres que comulguen *bien y a diario* serán unos obreros alegres, corteses, resignados, sobrios y tranquilos? ¿Estamos convencidos de que en una casa en donde todos comulguen *bien y a diario* hay paz y pan? Y ¿estamos convencidos de que si todos los hombres comulgaran *bien y a diario* estarían de más la Guardia Civil, las cárceles y demás Instituciones sociales por cuya extirpación sueñan los socialistas y anarquistas?

94. Y, por último, ¿estamos convencidos y persuadidos de que siendo Jesucristo la fuente, la base, la norma, la defensa, la sanción de todo derecho, no puede éste conservarse inmune, ni dejar de estar conculcado, mientras Él lo esté de los ricos y pobres, de gobernantes y gobernados, de chicos y grandes y conculcado no sólo en sus símbolos o representaciones, sino en Sí mismo, en su Presencia real y verdadera?

¿Estamos convencidos? Pues entonces vamos a empezar la revolución para la restauración cristiana del pueblo por Él, por Jesucristo Sacramentado, que eso es empezar por la cabeza y por el principio y obrar con lógica y no perder el tiempo en curar síntomas dejando intacta la causa de la enfermedad.

Las Marías y los Discípulos de san Juan, haciendo del Sagrario el centro de todas sus operaciones, el principio, el medio y el fin de todas sus obras de celo, ocupándose y preocupándose ante y sobre todo de que el Sagrario esté acompañado, están de verdad haciendo **la revolución desde arriba.**

10.- El círculo vicioso del abandono

95. Hay necesidad de romper el círculo vicioso en que se fundan no pocos abandonos de Sagrarios.

A fuerza de no comulgar nadie en esos pueblos, llega a formarse una costumbre de no comulgar, tan dura y tenaz que el celo más ardiente de párrocos y misioneros, se estrella ante este argumento: "yo no comulgo porque nadie comulga". Argumento que se completa con este otro: "nadie comulga porque yo no comulgo".

Los que conozcan un poco no más el modo de ser del hombre y se hayan dado cuenta de que en la mayor parte de sus determinaciones, más que la reflexión y la conciencia, influye la fuerza del hábito o de la rutina, sobre todo, si en favor de esta rutina milita la pereza, el egoísmo, la ausencia de obligaciones, la indisciplina y demás elementos *humanos,* se persuadirán muy luego de que ese círculo vicioso se hace irrompible.

Contribuyen a darle consistencia esas mil tonterías mandadas recoger hace tiempo y que todavía circulan por los pueblo con la misma seriedad como si acabaran de insentarse: "Eso es cosa de niños". "Yo no me hinco delante de un hombre como yo". "Eso es para las viejas". "Ya lo haré otro día". "¡Es tan amigo el cura, que quién se confiesa con él". Sin perjuicio de este otro reparo: "¡es tan antipático el cura, es tan...!" Y aquello otro: "¿qué dirán las gentes si me vieran confesar y comulgar?". Y las jóvenes por lo que dirán sus novios. Las casadas por lo que dirán sus maridos. Los maridos por lo que dirán los amigos de café o de trabajo. Los pobres porque no tienen tiempo o porque no madruga el cura. Los ricos porque no madrugan ellos. Y cada cual por un pretexto o por otro, es lo cierto que *nadie comulga porque no comulga ninguno.*

¿Cómo romper el círculo?

96. Inútil es, como se ve, esperar que ese valiente, que valor y grande hace falta, surja del pueblo. Hay que llevarlo de fuera.

Esas son las Marías activas: las que van a los pueblos en donde ya *no se estila comulgar* a enseñar con su ejemplo que todavía se comulga. A pisotear todos esos trampantojos contra la Confesión y la Comunión, confesándose y comulgando. Mostrando a las jóvenes casaderas y a las mujeres casadas y a los maridos tiranos o cobardes, que se puede comulgar y tener buen novio y ser reina de un hogar de dicha. Y espoleando a todos con el ejemplo del sacrificio y la palabra de la invitación, a romper esas telas de arañas que a ricos y pobres, hombres y mujeres, apartan las más de las veces de la sagrada Comunión.

En suma, las Marías comulgando en los Sagrarios abandonados, una y muchas veces, y, cuando no pueden sacramentalmente allí, en espíritu al menos, son los Hércules que rompen con la maza de su ejemplo y de su abnegación, el círculo vicioso de "yo no comulgo porque no comulga nadie y nadie comulga porque yo no comulgo", que tantos vacíos ha dejado en tantos Sagrarios.

11.- Las compensaciones de la gloria de Dios

97. Problema es que pone espantos y angustias en el alma, el número tan crecido de los malos en el mundo y tan menguado de los buenos.

Y aumenta la angustia y mézclase casi con la confusión, cuando se piensa que todas esas almas, las de los buenos y las de los malos, han sido criadas para dar gloria a Dios.

¿Es que se frustran los planes de Dios? No. Y sin meterme ahora a demostrar cómo buenos y malos, cada cual a su manera, dan gloria a Dios, quiero detenerme en la consideración y exposición de un fenómeno curiosísimo y, más que esto, conmovedor que se observa en la vida espiritual.

Él fenómeno es, y lo habrán observado como yo otros muchos, que en los pueblos más perversos y degradados, crecen y viven las almas más santas.

Son pocas, muy pocas, es verdad, pero ¡qué delicadezas de virtud, qué heroísmos de amor, qué milagros de caridad, qué maravillas de abnegación silenciosa y, sobre todo esto, qué formación tan misteriosa y tan en contraposición a todo lo que les rodea!

En mis correrías apostólicas ¡cuántas veces me he sentido anonadado y confundido, al encontrarme con esas almas en el confesonario, en el tren, en el campo, en donde menos lo esperaba!

Me he encontrado con almas que apenas sabían rezar, dotadas de altísima oración. Almas que nunca habían comulgado, porque nadie las había llevado, enriquecidas con una no interrumpida presencia de Dios. Almas que sin conocer el catecismo y, teniendo más bien motivos para conocer todas las atrocidades contra él escritas, sabían más teología que se aprende en las aulas. He visto unos modos de sacrificarse, de hacer bien, de practicar las más difíciles virtudes en circunstancias adversas...

¿Quién las había enseñado? ¿Quién las sostenía? ¿Quién hacía esos milagros contra la lógica?

***

98. Lo que yo he sacado en limpio de esos fenómenos, es que Dios Nuestro Señor *siempre saca* su gloria o de la cantidad o de la calidad. Tanta, y me atrevería a decir, más gloria dan a Dios esas almitas ignoradas y sublimes en número de dos o de tres en cada pueblo, que le darían todos los vecinos del mismo si fueran unos cristianos ordinarios y vulgares..

Muchas veces me hago estas reflexiones cuando miro contristado, sobre todo en las grandes ciudades, el contraste entre esos grupitos de almas escogidas y esas muchedumbres sin cuento de gentes olvidadas y enemigas de Dios.

¡Dios mío, me digo, cuántas rodillas dobladas ante el demonio y qué poquitas dobladas ante Ti! ¡Qué exiguo el partido de Dios y qué asombrosamente numeroso el partido del demonio!

Y horrorizado ante ese misterio de ingratitud y de locura de los hombres, llego a tranquilizarme relativamente, comparando lo mucho que vale aquel *pequeño rebaño* y lo poco, lo nada que vale el ejército enemigo.

Para alistarse en él, una sola condición basta: ser cobarde. Es el ejército de los vencidos de los vicios.

99. En cambio, aquellas almas tan insignificantes, tan despreciables a los ojos del mundo, ¡cuánto valen! Éllas, con el valor llevado al heroísmo, la virtud que prefiere morir a mancharse, haciendo fácil lo extremadamente arduo a fuerza de practicarlo cada día y cada hora, ¡qué grandes!

Qué poco podrá ufanarse el demonio de la ejecutoria y nobleza de su gente reclutada de entre todos los cobardes de la historia y de la conciencia que han sido y son.

Y ¡qué satisfecho podrá mostrarse el Señor presentando ante los cielos y ante la tierra, la magnífica, inapreciable e imponderable figura de un *santo hecho de barro!*

Recuérdese a Abrahán obteniendo del Señor la salvación de la ciudad de Sodoma, por sólo cinco justos que en ella hubiese. Recuérdese a Lot salvando él solo de la ruina la ciudad de Segor, por vivir en ella. Recuérdese la satisfacción con que Dios se recreaba en su siervo Job, presentándolo a la confusión de Satanás. Y en el Nuevo Testamento, recuérdense las mercedes otorgadas a pueblos enteros, por la intercesión de un solo justo, y se tendrá convencimiento de mis anteriores afirmaciones.

100. Y pregunto: ¿no será una obra de utilidad suma y de provecho inestimable, la que se dedique a buscar en cada pueblo, esas cinco almas justas, o ese único justo y ponerlas en *explotación,*

fomentarlas y sostenerlas y tender entre ellas y las de otros pueblos los lazos de la inteligencia mutua y de la fraternidad más estrecha?

Las Marías se lisonjean de perseguir ese ideal.

¡Me lo han contado tantas veces! ¡Qué sorpresas tan agradables han tenido en sus pueblos, gracias a haber tropezado con esas almas desconocidas!

¡Pobrecillas! Marchaban con la emoción de la gran obra de misericordia que iban a hacer con el Divino Abandonado del pueblo, pero al mismo tiempo, con el secreto miedo de obstáculos desconocidos y presentidos, quizá insuperables, y al llegar ¡oh sorpresa!, las lágrimas de una anciana, o la voz trémula de un anciano sacerdote tan desairado como su Señor, o la curiosidad anhelante de una niña, o la efusión con que las acoge un vecino anónimo, les hace saber, que sin conocerlas, en aquel pueblo las esperaban y las amaban.

Y cuando ya se conocen y se tratan ¡qué historias de graciosas coincidencias, de felices casualidades, de frutos inopinados, de misteriosas armonías, de constantes anhelos se descubren y se cuentan!

101. Un libro de muchos folios necesitaría para contar todas esas historias que nuestras Marías han aprendido en sus pueblos y que todas convienen en descubrir almas anónimas, alimentadas, sin darse cuenta, de una muy larga esperanza de que el Jesús de su Sagrario, habría de ser conocido y amado y de ganas de cantar el *Nunc dimittis* de Simeón al ver alborear el deseado día de la llegada de las providenciales mensajeras del Sagrario abandonado. ¡Oh misterios de las divinas y misericordiosas compensaciones!

IV.- La Obra completa

1.- ¿Sueños o realidad?

102. ¿Eran estos razonamientos hasta aquí apuntados, sueños de un bien intencionado, castillos de naipes de un desocupado, poesías trasnochadas de un iluso?

Escribí estos renglones por primera vez a los seis años de nacida la Obra y las 80.000 Marías y 5.000 Discípulos de san Juan sólo en España, sin contar con otros tantos en América y otros países, dan la mejor y más brillante respuesta a aquellas preguntas.

¿Qué hacen y cómo se han propagado tan rápida, tan prodigiosamente esas *Marías* y esos *Juanes*? Leed periódicamente El GRANITO DE ARENA y ante vuestros ojos irán desarrollándose esos prodigios de multiplicación, no de panes y peces, sino de almas con *hambre de pan* de Sagrario y multiplicadoras a su vez, de esas hambres en innumerables almas.

¡Qué historia tan interesante, tan llena, tan alentadora, tan divina, se puede ya escribir de las Marías! Plegue al Amo bendito que muy luego pueda poner mano en este libro de tanta gloria para Él y de tantas enseñanzas para el mundo.

Limitado en este libro a dejar bien sentadas las bases de nuestra Obra y siendo la autoridad del Papa la más firme de todas las que pueden cimentar una Obra católica, expondré aquí, tomándolo de Él GRANITO DE ARENA, cómo las Marías llegaron al Papa y cómo el Papa bañó con una mirada de predilección a las Marías, al par que *completó su Obra* según verá el lector.

2.- La Obra de las "Tres Marías" ante el Papa

103. Bien le sobra a Él GRANITO DE ARENA [10] razón para mostrarse hoy loco de alegría y para buscar y rebuscar sus mejores galas y sus palabras más bonitas y sus alabanzas más entusiastas y

[10] 5 de enero, 1913.

todo lo mejor y más vibrante que pueda decir, pensar y sentir, para celebrar del modo menos indigno posible, la gracia y la historia que a Obra predilecta, a la Obra de sus ternuras, le ha llovido desde las alturas del Vaticano.

Apuradillo se encuentra de verdad el cronista para contener el desbordamiento de sus entusiasmos y contar *ce por be* a sus buenos amigos todo lo que la legítima curiosidad de éstos tiene derecho a exigirle.

Lo intentaré, sin embargo, para gloria del Amo bendito, honor de su santo Vicario en la tierra y satisfacción y alegría de esas afortunadas almas que forman en la ya numerosa y brillante legión de las Marías y de los Juanes de los Sagrarios-Calvarios.

3.- Un poco de historia

104. En mayo del año que acaba de pasar, *de camino* que iba a Montilla a dar una conferencia a los sacerdotes cordobeses, en peregrinación ante el sepulcro del glorioso apóstol de Andalucía, san Juan de Avila, me llegué a Madrid con el exclusivo objeto de dar un *vistazo* a aquellas Marías, de las que tantas buenas hazañas me contaban y escribían constantemente.

Sentía vivos deseos de ver por mis propios ojos aquellos viajes eucarísticos emprendidos por Marías de toda clase y condición y por todos los medios de locomoción conocidos. Y aquellas batidas con tanto denuedo como delicadeza dadas contra el abandono de sus Sagrarios. Y oír con mis propios oídos la narración de aquellas aventuras afrontadas por amor al más fino Amante.

Y mis deseos fueron satisfechos, más digo, colmados con muchas creces. ¡Dios mío, lo que vi, lo que oí, lo que sentí y lo que tuve que hacer muchas veces para disimular las lágrimas!

105. La narración de aquellas visitas hechas por débiles señoritas a pueblos distantes para llegar a los cuales había que andar a pie diez y más kilómetros. De aquellas adoraciones al santísimo a través del agujero de la llave y de las rendijas de la puerta cerrada de la iglesia. De aquel ir de casa en casa invitando a sus vecinos, con lágrimas a veces, a que visitaran al Jesús bueno de su Sagrario. De aquellas misiones tan trabajadas. De aquellas consagraciones de los pueblos, con sus autoridades a la cabeza, al Corazón de Jesús. De aquellas catequesis y escuelas dominicales y asociaciones piadosas fundadas y sostenidas por ellas. De aquel olvidarse de las comodidades de la casa y de la posición y aquel pasarse horas y días alternando entre el Sagrario abandonado y los toscos aldeanos. Y aquel soñar siempre con **su** Sagrario. Y... la narración de todo eso, repito, ¡cuánto me hizo gozar y alabar al Corazón Eucarístico de Jesús, porque había querido que en medio de este siglo de los abandonos y frialdades para Él, naciera su Obra sembradora y cultivadora de delicadezas eucarísticas!...

Y después de haber visto y oído todo aquello, celebramos una fiesta de familia en la iglesia de las Esclavas del Corazón de Jesús y en presencia de Jesús Sacramentado, hablé a muchos cientos de Marías. Y, olvidando la timidez con que abrigaba antes mis proyectos, les expuse tal como lo había concebido ante el Sagrario, el tipo de una María, lo que al presente era y lo que estaba llamada a ser. Procuré demostrarles, que la Obra de las Marías, bien entendida y bien practicada, al acabar con el abandono de los Sagrarios, aceleraría el reinado social del Corazón de Jesús sobre la tierra y constituiría una base sólida de regeneración cristiana de los pueblos que no pueden saciar las hambres que padecen si no es comiendo el Pan de vida que guarda el Sagrario.

Y como aquélla era hora de contar intimidades, anuncié a aquellas Marías mi aspiración de que la Obra fuera a Roma a que el Papa de la Eucaristía la conociera y le pusiera su sello y, sobre todo, a que la completara.

Lo que faltaba

106. Decía yo a las Marías que me preguntaban qué le faltaba a la Obra: hasta ahora son las Marías las que van a visitar al Corazón de Jesús abandonado y pobre. Son ellas las que no se contentan con adorarlo en las catedrales suntuosas, en las que es tratado como Rey. Ni en las devotas capillas de las religiosas, en las que se le trata como Dios y Esposo. Sino que llevan su adoración y desagravio a esas mismas iglesias en las que no es tratado ni como hombre...

La Obra estará completa cuando ese Jesús tan agradecido y tan bueno, sea el que vaya a visitar a sus Marías cuando a éstas les toque estar enclavadas en la cruz de la enfermedad sobre el calvario del dolor... y que las visite del modo más bonito y fino que tiene Él de visitar, es decir, en forma de Misa.

¡Qué consuelo para las Marías en su calvario, ver alzarse en su misma habitación el Calvario místico de Jesús! ¡Qué gozo ver Calvario frente a calvario y olvidar el uno la cruz propia, para sentir el peso de la cruz del otro y cambiar clavo por clavo, espinas por espinas, cruz por cruz, sangre por sangre, dolor por dolor y hasta muerte por muerte!... ¡Si el Papa quisiera! ¡Si el Corazón de Jesús le dijera que sí! ¡Qué Obra más completa la de las Marías si pudiera nombrarse alguna vez de estos dos modos: Obra de las Marías acompañantes del Corazón Eucarístico en el Calvario y del Corazón Eucarístico acompañante de las Marías en el calvario... ¿Se podría decir esto alguna vez sin atrevimiento, con toda propiedad?...

Un grupo de Marías vino a verme después de aquella reunión y me dijo: tiene usted que ir a Roma enseguida. Esa gracia es menester alcanzarla. Él santo Padre tiene que conocer a las Marías...

No entraba por cierto en mis planes, la realización tan inmediata de mis aspiraciones. Traté de demostrar la conveniencia de esperar por ciertas razones de prudencia. ¡Vaya usted con razones de prudencia al amor tan fino como impetuoso de una María! Ni dificultades de tiempo, ni de recursos, ni de preparación, etc., valieron. Éllas salían al encuentro de todas las dificultades.

Las demandantes no se aquietaron hasta que les prometí someter su propuesta, que era al mismo tiempo mi deseo, al fallo de mi amadísimo Prelado [11] en quien la Obra encontró siempre todo el calor y todos los cariños de un verdadero padre.

¡A Roma por todo!

107. Ése fue el fallo de mi Prelado y por añadidura iría con él, cuando fuera a recibir de manos de Su santidad el capelo cardenalicio al que había sido elevado meses antes.

Y cobijado con tan buena sombra, fui a Roma a fines de noviembre de 1912 con mucha confianza en las oraciones de las Marías de toda España, tan interesadas como yo en el buen éxito del viaje. Y, ¿por qué no decirlo?, con mi poquito de miedo a un *no.* ¡Era tan grande y tan amplia la gracia que se pedía!

Bien quisiera detenerme en describir mi viaje, por cierto uno de los más felices y agradables de mi vida, por no decir el más feliz de todos, que no siempre puede uno permitirse el gran gusto, aparte del honor, de pasar cuarenta días en compañía de un padre tan bondadoso, de quien tanto hay que aprender y en cuyo delicado y cariñoso trato, se goza tanto y en esa agradable intimidad, no opuesta al respeto, que despiertan y fomentan los viajes largos y por lejanos países.

¡Con qué placer hago constar en estas modestas páginas, la gratitud inmensa, imborrable, que han sembrado en mi corazón esos cuarenta días de bondades de padre, de alientos, de conversaciones amenas, de condescendencias afectuosas de mi venerado Cardenal!

El Corazón bendito de Jesús pague por mí.

En Roma

[11] El Emmo. Sr. cardenal Almaraz.

108. Dejando aparte las impresiones que la vista de Roma produce en todo corazón cristiano, y, circunscribiéndome al objeto de mi visita, diré que, apenas llegado, visité a los eminentísimos señores cardenales Vives Tutó y Merry del Val, en quienes por su condición de españoles, por conocer ya la Obra de las Marías y por su fama de patronizadores decididos de las causas buenas de España, esperaba yo encontrar buenos intercesores cerca del santo Padre.

Y la verdad es que no se engañó mi esperanza.

Una acogida benévola, más aun, entusiasta por la Obra cuyos últimos triunfos en Madrid, santander, Burgos, Badajoz, salamanca y otras ciudades les conté, y un gesto mezcla de temor y de deseo ante la gracia como diciendo: yo quisiera, pero parece demasiada gracia. Esa fue la acogida.

Nuevas conferencias con el eminentísimo Cardenal Vives, cuya paciencia puse a buena prueba, fueron dando forma a la petición de la gracia.

Por cierto que en aquellos ratos de conversación, bien pude apreciar por mí mismo cuanto la fama pregona de aquel gran capuchino español, de aquel santo Cardenal Vives. ¡Qué corazón tan lleno del Corazón de Jesús! ¡Qué palabra tan firme, tan penetrante, tan sacerdotal! ¡Qué modo de matizar todas sus conversaciones con el brote espontáneo de los tres grandes amores de su alma: El Corazón de Jesús, la Inmaculada y el Papa!

Ante Pío X

109. Bien se conocía la influencia de las oraciones y adoraciones ante el Sagrario de las Marías, en el curso tan bien dirigido de todos aquellos pasos.

Él 27 de noviembre me anunció mi señor Cardenal una gran noticia: ¡me iba a presentar al santo Padre en la audiencia que tenía concedida para el día siguiente!

¡Ver al Papa! ¡Hablar con él! Figúrense los lectores cómo pasaría yo la noche aquélla y con qué ganas desearía oír en el reloj las diez y media de la mañana, hora señalada para la audiencia.

Santísimo Padre, dijo mi Cardenal terminada la conversación que a solas tuvo con Su Santidad y después de haber presentado a su provisor y secretario, Santísimo Padre ¡el Arcipreste de Huelva! Y como refiriéndose a la conversación antes tenida, ¡el apóstol de la Eucaristía!

Entre tanto yo hacía delante de Su Santidad las tres genuflexiones de rúbrica y besaba su mano, ya que humildemente rehusaba dar a besar el pie.

Él santo Padre, con su mano derecha que yo besaba y estrechaba, hizo ademán de que me levantara y bañándome con una mirada penetrante y muy de padre y con rostro sonriente, comenzó a preguntarme por mis niños pobres. ¡Niños míos, cuánto gocé al veros en la boca y en el corazón del Papa! Siguió hablándome de... ¿queréis que os diga la verdad? Yo perdí en aquellos momentos la noción de la palabra humana. A pesar de los ensayos hechos por mí en la lengua italiana con el exclusivo objeto de entender y hablar al Papa, yo os aseguro que en aquel momento de emociones supremas, olvidé lo poco de italiano que sabía y creo que hasta el castellano. El Santo Padre con una dulzura y un interés cuyo solo recuerdo me conmueve, seguía preguntándome y hablándome y yo, ¡pobre de mí!, no sabía sino que mi cara y mis orejas echaban fuego, y que el corazón parecía que iba a saltar en pedazos de tan ligero y fuerte como latía, y que las piernas no respondían del todo de seguir cumpliendo su oficio de sostenedoras de mi humanidad. ¡Vaya un mensajero que habían mandado las Marías al Papa! ¡Vaya si estuvo elocuente!

Gracias a la oportuna intervención del buenísimo rector del Colegio Español, don Luis Albert, que nos acompañaba, el santo Padre pudo saber algo de lo que me preguntaba y que le dio motivos para decirme sonriendo: *¡ah párroco pícaro!...*

Nos bendijo a todos así como a nuestras familias y personas confiadas a nuestro cuidado, y besándole de nuevo el anillo me despidió, con un cariñosísimo *adiós, párroco mío,* que aun parece que estoy oyendo...

¡Ya llegó!

110. El día 3 de diciembre, fiesta del gran apóstol español, san Francisco Javier, me dice muy temprano el señor Cardenal Vives: esta tarde tengo que despachar con el santo Padre. Tráigame las preces y pídales a los señores Cardenales Almaraz y de Cos que pongan al pie su recomendación.

¡Qué día aquél! Y, sobre todo, ¡qué tarde aquélla! ¡Cómo seguía mi espíritu al señor Cardenal Vives! Más que entretenerme en admirar las solemnes ruinas del Anfiteatro que aquella tarde visitamos, mi imaginación volaba al Vaticano y, aunque firme en la confianza de que al mismo tiempo que el cardenal hablara de las Marías al Papa, el Corazón de Jesús le iba a estar inspirando que dijera que *sí*, no podía ahogar del todo el grito de la desconfianza y del miedo que de vez en cuando me decía: ¿y si dice que *no?...*

A las siete, un aviso de mi señor Cardenal. Más que corriendo, volando acudí a su despacho y veo en sus manos el mismo documento que yo había mandado horas antes al Papa, pero a continuación de la firma de los Cardenales, ¡Dios mío! ¡letra del Papa! ¡su firma!

Como antes, cuando vi al santo Padre, no supe hablar, ahora no sabía leer... Sin embargo, mi espíritu leía, allí decía un sí muy grande, muy solemne, muy del Corazón de Jesús.

De rodillas, recibí en mis manos aquel papel sobre el que acababa de posar su mano ¿quién? ¡Jesucristo mismo!

¡Corazón de mi Jesús, paga, paga Tú, que ni tus Marías, ni yo sabemos pagar aquel *sí* de tu Vicario!... Paga aquellas intercesiones de tus tres Cardenales y paga aquellas lágrimas de emoción y triunfo que asomaba a los ojos de mi Prelado cuando ponía en manos del último de sus sacerdotes la voluntad del Papa!...

Lean las Marías y los Juanes lo que pedí para ellos, y regálense leyendo lo que añadieron los eminentísimos Cardenales de Valladolid y Sevilla, y besen reverentes y agradecidos las palabras augustas del Vicario de Cristo, del Papa Pío X.

4.- El gran privilegio

111. Beatísimo Padre:

Manuel González García, Arcipreste de Huelva, Archidiócesis de Sevilla, postrado a los pies de Vuestra Santidad, humildemente expone: Que para tratar de remediar el abandono en que yacen muchísimos Sagrarios, que recuerda el Calvario, fundó en marzo de 1910 la Obra de las Tres Marías para las mujeres, y la de los Discípulos de san Juan para los hombres, los cuáles se dedican con todo ahínco y por todos los medios que su celo les dicta, a acompañar y buscar compañía al Sagrario abandonado que a cada uno se le señala. De tal modo ha sido bendecida esta Obra por el Corazón Eucarístico de Jesús, que ha obtenido la aprobación de casi todos los reverendísimos prelados de España y no pocos de Portugal y América. Cuenta con diecisieteCentros diocesanos y van extendidas unas treinta mil patentes de agregación, abundando los frutos de frecuencia de sacramentos y renovación cristiana de los pueblos.

Como estímulo poderoso y como delicada y agradecida correspondencia del Corazón Eucarístico de Jesús a los que, aun a costa de sacrificios, le acompañan y consuelan abandonado y pobre, el orador suplica a Vuestra Santidad se digne facultar a los reverendísimos Ordinarios de las diócesis en que esté establecida o se estableciese la dicha Obra, para que a su arbitrio permitan a los directores u otros sacerdotes, decir la santa Misa, en altar portátil, a los socios o socias enfermos, bajo las condiciones siguientes:

1ª Que el enfermo comulgue en la Misa.

2ª Que conste al director que estando sano, ha cumplido su oficio y comulgado frecuentemente.

3ª Que se atienda a la decencia del lugar.

4ª Que no se perjudique el derecho del Párroco respecto a los últimos Sacramentos...

Gracia...

Recomendamos encarecidamente estas preces, porque conocemos a fondo la Obra de que se trata y frecuentemente hemos tenido ocasión de tocar los abundantes frutos que de ella brotan tanto en nuestra diócesis como en otras. Esta piadosa Obra fomenta la frecuencia de Sacramentos y sin duda alguna, contribuirá a que se propague entre los fieles la Comunión frecuente y aun diaria que tanto ha recomendado Vuestra Santidad [12].

+ J.Mª Card. de Cos
Arch. Vallisoletanus
+ Henricus, Card. Almaraz y santos
Archiepiscopus Hispalensis

Como se pide, con tal que se obtenga el consentimiento del Ordinario del lugar en España para cada enfermo. Absolutamente gratis por cualquier título.
Del Vaticano a 3 de diciembre de 1912 [13].

PÍO PAPA X

De despedida

112. Bien quisiera detenerme en dar parte a los amigos de las gratas impresiones que seguí recibiendo aquellos días en Roma, motivadas por las grandes solemnidades que rodean la imposición del capelo, así como me gustaría hablar para edificación de todos, de los buenos ejemplos que me dieron y de los buenos ratos que me proporcionaron y de la parte que tomaron en mi asunto, los superiores del Pontificio Colegio Español, en donde nos hospedábamos y cuyo elogio queda hecho diciendo que es el Colegio de las complacencias del Papa y de la predilección de los eminentísimos Cardenales Merry del Val y Vives.

Diré sólo que el día 9 fuimos de nuevo recibidos en audiencia privada por Su Santidad, en la que estuve más sereno que en la primera.

Mi señor Cardenal después de presentar a cada uno de los de su séquito, dio al Papa las gracias por el favor tan extraordinario que había concedido a la Obra de las Marías, al que éstas corresponderían acrecentando su celo eucarístico y redoblando sus esfuerzos para acabar con el abandono de los Sagrarios.

Su Santidad, como en expresión de recordar cuanto en aquellos días había oído de las Marías, se tornó hacia mí y me dijo reposadamente: *Diles que las bendigo de corazón a todas.*

Nos bendijo de nuevo a todos, así como a las personas que nos fueran más queridas y los objetos piadosos que le presentamos (yo le presenté mi pluma), y abrazando y besando a nuestro Cardenal y dándonos a besar a los demás su anillo, salimos de aquella estancia con el corazón fortalecido con ganas de prorrumpir *etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo...*

Y después de Roma a Lourdes, a presentar a la Virgencita blanca de la Gruta, la Obra de los abandonados Sagrarios de su Hijo. A pedirle, como allí se pide, luces y ampliación de horizontes y firmeza y rectitud en el obrar. Y premios muy grandes para el generoso Pontífice y bendiciones muy largas para los Cardenales intercesores. Y amor, mucho amor activo, abnegado, fino, incansable, ingenioso para las Marías, los Juanes, los Juanitos, sus directores, y fidelidad, mucha fidelidad para mí...

¡Qué días más sabrosos aquellos de Lourdes! ¡Qué bien me hizo Élla sentir lo que esperaba de la Obra, lo que pedía para ésta!...

---

12 El texto en cursiva, está en latín en el original. Aquí lo hemos traducido para mayor comprensión de los lectores.

13 Idem.

Y después a Madrid, en donde las Marías me esperaban locas de contentas para celebrar el triunfo de su amada Obra; para dar juntos gracias al Corazón Eucarístico de Jesús, porque había querido completarla con la *mitad* que le faltaba y cuidarla con la bendición cariñosa del Papa.

5.- En Huelva

113. Y omitiendo mil pormenores de felicitaciones y preguntas y proyectos recibidos y oídos en Madrid y en el camino, llegué a mi Huelva, en donde me esperaba, ¡Dios mío, lo que me esperaba! Comisión de sacerdotes y caballeros católicos en la estación de san Juan del Puerto, que es la anterior a Huelva; y en la estación de ésta, un nublado de chiquillos, una masa enorme de hombres de toda condición; un poco más allá, las madres, hermanas y vecinas de los niños; una buena *ración de pimporreo* de la banda del Sagrado Corazón y ahogando los acordes de los pitos, gritos y más gritos de todos de ¡viva el Corazón de Jesús! ¡Viva el Amo! ¡Viva el Papa! ¡Vivan las Marías! Y hasta su poquito de ¡viva *Dó Manué Vicario!* Y todo a las nueve y media de la noche en pleno invierno. Pero ¡vaya usted a hablar de fríos en medio de aquella hoguera de entusiasmo!

Y así tuve que entrar en las calles de Huelva, a punto de caer arrollado por aquel sinnúmero de *zarcillos* (léase chiquillos) que colgaban de mis brazos, de mis hombros, de mi sotana, de donde quiera que podían cogerse y que me *asaetaban* a preguntas de "Dó Manué" ¿y el Papa de qué es? Y ¿está más gordo que usted? Y ¿le preguntó a usted por mí? Y ¿verdad usted que el Papa dijo *deseguía que sí a tó?* ¡Como que hemos mandado más de *sietecientas* Comuniones pa eso!

Y... ¡eche usted preguntas y observaciones filosóficas de a perra chica que a otro cualquiera hubieran vuelto tonto y a mí me ponían loco de alegría y de gratitud al Amo, porque en todo aquello que se hacía en honor del *criado*, lo veía a Él reconocido, agasajado, honrado, agradecido por Huelva, por la Huelva de sus predilecciones!

Un dato precioso

114. Es un gran dato para la historia íntima de mi viaje.

A los pocos días de mi llegada, un grupo de *Juanitos* de nuestras Escuelas me presentan una lista con los nombres de los que habían ofrecido Comuniones por el feliz éxito de mi viaje a Roma y el número de ellas que cada uno había ofrecido.

El número total era de 796 Comuniones. Me fijo en una nota marginal que traía la lista y leo: "José Fernández Peña: 28 Comuniones, la última por Viático". ¿Sabéis lo que significa eso? Ese niño era uno de nuestros antiguos alumnos, de unos 16 años, colocado ya de telegrafista en la estación de Zafra a Huelva. Alumno ejemplar, no dejó de frecuentar su escuela ni un solo día, ni la sagrada Comunión a la que se había obligado por su profesión de *Juanito* de los Sagrarios-Calvarios.

Una enfermedad tan rápida como cruel se lo llevó en tres días, durante mi ausencia. Pero no sin que le diera tiempo de recibir de manos del padre Director de las Escuelas, todos los Sacramentos con una devoción y un recogimiento de ángel.

¡Dios mío, qué cosas tan hermosas hace la educación cristiana! En aquel momento precioso, el más solemne de toda su vida, mi querido Peñita, como yo le llamaba, se acordó de mí, pobre sacerdote que lo recibió en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, que le enseñó a comulgar... y me mandó a Roma su Viático y cantando el *"Corazón santo"* expiró.

¿Verdad que el Papa no podía haber dicho que no a una petición recomendada al Corazón de Jesús por miles de oraciones y penitencias de las Marías, por los cientos de Comuniones de los Juanitos y perfumada por el Viático de un niño?

6.- Un encargo

115. Él mismo que me hizo el bondadosísimo Cardenal Vives cuando fui a darle las gracias por su eficaz participación en nuestro asunto: yo no quiero gracias, me dijo, Dios es el que las merece. Lo único que quiero es que el Arcipreste de Huelva, las Marías y los Juanes españoles se encarguen con sus campañas de demostrar al santo Padre que yo no lo he engañado.

Yo deseo, prosiguió el señor Cardenal, y así se lo he prometido al Papa, que esta Obra sea la red que envuelva a los pueblos, hoy en naufragio de fe y de caridad, y los arrastre a las playas del Sagrario.

E insistiendo en la misma idea, me dijo al despedirme de él a mi regreso: que me señale un Sagrario, que yo quiero ser Juan de un Sagrario-Calvario y que no se olvide de la red...

Marías y Juanes amadísimos, ya lo sabéis, se nos piden obras, obras de reparación eucarística, de atracción al Sagrario, de, y permitidme la palabra, **eucaristización** del mundo...

Conceded al Corazón bendito de Jesús, a su santo Vicario y al venerable Juan de nuestros Sagrarios-Calvarios, el gran consuelo de que pronto se haga preciso añadir al diccionario de nuestra lengua esta palabra, **Eucaristizar:** La acción de volver a un pueblo loco de amor por el Corazón Eucarístico de Jesús.

¡Dios mío, Dios mío, que las Marías y los Juanes hagan conjugar pronto ese verbo a toda España y a todo el mundo!
Amén, amén.

7.- El dedo de Dios

116. La Obra de las Tres Marías y de los Discípulos de san Juan estaba completa. La bendición y el gran privilegio con que el Santo Pío X, más que enriquecerla, la había *mimado,* produjeron, entre otros no menos notables y preciosos, estos frutos.

1º. Situación y rango de Obra antigua y de franca circulación.

2º. Como consecuencia de lo anterior, desvanecimiento, desaparición de los prejuicios y recelos que toda obra nueva levanta.

3º. Franca y entusiasta aceptación de la Obra por parte de los venerables Obispos y reverendos párrocos.

Y 4º. Una maravillosa y, casi me atrevería a decir, milagrosa multiplicación del número de Marías y Juanes; de Centros diocesanos y locales; de actividad y celo heroico, hasta el punto de que los 27 Centros diocesanos existentes en todo el mundo, al obtenerse el gran privilegio, ascendieron bien pronto a 55 sólo en España y las 30.000 Marías y reducido número de Juanes que en junto se contaban entonces, llegaron a las 80.000 Marías y 5.000 Juanes sólo en España, de que hice mención antes, sin contar el buen número de Centros y asociados del extranjero.

¿No es verdad que el dedo de Dios y no sólo el dedo, sino que toda la mano y todo su Corazón está y se deja sentir en ésta su Obra? Sin Él ¿quién puede expliar lo *que se ha hecho?* Con Él ¿quién puede calcular *todo lo que queda por hacer?*

8. Ampliación del Gran Privilegio de Pío X al mundo entero

Fecha gloriosa

117. 22 de agosto de 1924. Su santidad Pío XI expide un Breve a petición del Moderador general aprobando y elogiando calurosamente la Obra de las Tres Marías y de los Discípulos de san Juan y confirmando, explicando y extendiendo a las Marías y Discípulos de todos los pueblos del mundo, el privilegio de altar portátil concedido por letras autógrafas por S.S. Pío X sólo para los de España.

¡Gloria al Corazón Eucarístico de Jesús! ¡Honor y acción de gracias a su Vicario en la tierra!

EPÍLOGO

118. Lector amigo: por un designio de la divina Providencia que me hace temblar y agradecer, empecé a escribir este librito siendo cura de un Sagrario, que fue abandonado, y lo remato siendo Obispo de la Iglesia de Dios...

De mis ánimos, propósitos y cariños para con la Obra de los Sagrarios-Calvarios, puestos en tela de juicio por algunos, responden los renglones que en contestación a esos temores escribí en mi GRANITO DE ARENA [14], en los días próximos a mi consagración:

Y ¿las Marías?

¡Qué temerosas y desconfiadas han venido a mi mesa no pocas cartas de amigos de la amadísima Obra de las Marías!

-Y ¿ahora cómo va usted a tener tiempo? ¿No será usted más Obispo de Málaga que padre de las Marías? ¿Pasará a lugar secundario en la nueva aplicación de su actividad la Obra de sus amores? ¿Cómo vamos a continuar comunicando con usted con tanta confianza? Casi puedo asegurar que las cartas de felicitación de las Marías han venido más llenas de temores que de felicitaciones.

Mi respuesta

119. Podría ser un *no* rotundo, dicho primero con toda la fuerza de mis pulmones y escrito después con los trazos más fuertes de mi pluma, tan rotundo digo, y firme que pudiera disipar de una vez todos esos temores y desconfianzas.

No, no dejo la Obra de todo mi cariño, de mi actividad, de mis vigilias, de mis sueños. La Obra por cuya mayor propaganda y prosperidad más de una vez pedí a mi Prelado que me descargara de curato y arciprestazgo. La Obra tan evidentemente acogida y mimada por el Papa y los Obispos, tan oportunamente llegada, tan prodigiosamente fecundada por Dios.

No, Marías y Discípulos de san Juan, no temáis que os deje, que delante de Jesucristo Sacramentado, en cuya presencia escribo, os aseguro que mientras haya pulso en mi mano derecha para escribir y saliva en mi lengua para hablar y palpitaciones en mi corazón, mi pluma, mi lengua, mi corazón, mi sacerdocio, mi episcopado, mi vida toda para el Abandonado del Sagrario serán.

¡Para Él, para Él sólo!

Yo no quiero

120. que en mi vida de Obispo, como antes en mi vida de sacerdote, se acongoje mi alma más que por una sola pena, que es la mayor de todas: el abandono del Sagrario. Y se regocije más que con una sola alegría: el Sagrario acompañado.

Yo no quiero

[14] Revista mensual fundada por don Manuel González y que sigue su trayectoria editándose actualmente.

predicar a las gentes, ni catequizar a los niños, ni consolar a los tristes, ni socorrer a los pobres, ni visitar a los pueblos, ni atraer corazones, ni perdonar pecados contra Dios o injurias contra mí, más que para quitar al Corazón de Jesús Sacramentado la gran pesadumbre de su abandono y para llevarle el dulce regalo de la compañía de las almas.

Yo no quiero

ser Obispo de la sabiduría, ni de la actividad, ni de los pobres, ni de los ricos. Yo no quiero ser más que **el Obispo del Sagrario abandonado.**

121. Para mis pasos yo no quiero más que un camino, el que lleva al Sagrario, y yo sé que andando por ese camino encontraré hambrientos de muchas clases y los hartaré de *todo pan.* Descubriré niños pobres y pobres niños y me sobrará el dinero y los auxilios para levantarles escuelas y refugios para remediarles sus pobrezas. Tropezaré con tristes sin consuelo, con ciegos, con tullidos y hasta con muertos del alma o del cuerpo y haré descender sobre ellos la alegría de la vida y de la salud.

Yo no quiero, yo no ansío otra ocupación para mi vida de Obispo que la de abrirle *muchas trochas* a ese camino del Sagrario.

Trochas entre este camino y los talleres y las fábricas de los obreros, y las escuelas de los niños, y las oficinas de los hombres de negocios, y los liceos de los doctos, y los palacios de los ricos y los tugurios de los pobres...

¡Qué dichoso voy a ser cuando logre ver circular por esas trochas y senderos a mis conquistados para el Sagrario! ¡Qué soberanamente dichoso voy a ser cuando vea llegar las irradiaciones de la lámpara del Sagrario sobre la frente sudorosa de los obreros, sobre la cara sonriente de los niños, sobre las mejillas de rosa de las doncellas, sobre los surcos y arrugas de los ancianos y afligidos!...

A eso voy

Marías y Discípulos de san Juan, a eso voy a Málaga y a donde quiera que me manden, a ser el Obispo de los consuelos para dos grandes desconsolados: el Sagrario y el pueblo. El Sagrario desolado porque se ha quedado sin pueblo. Y el pueblo desolado porque se ha quedado sin Sagrario conocido, amado y frecuentado.

122. Por eso mi escudo de armas será el vuestro, Sagrario en el Calvario. Y por eso mi único programa de Obispo será trabajar por tapar la vista de ese Calvario con la presencia ante el Sagrario del pueblo que se fue y vuelve...

Seguramente que no volveréis a preguntarme si os dejaré. ¿Cómo? si precisamente ahora más he menester de vosotros, y de vosotras, a quienes el Corazón bendito de Jesús ha confiado el precioso encargo de ejecutar el *compelle intrare...*

¿Cómo voy a dejar a mi amada Obra de los Sagrarios-Calvarios, si mi exaltación al episcopado es una nueva aprobación y más explícita de la Iglesia, a favor de ella? No, no, yo quiero seguir prestándole mis pobres consejos y todos los entusiasmos de mi alma para que con ellos y con la acertada dirección en cada diócesis de sus respectivos Prelados y representantes de éstos, sea la Obra de las delicias del divino Abandonado del Sagrario, y se estrechen más y más los lazos de esta gran familia de consoladores del Sagrario...

LAS BODAS DE PLATA

123. Aunque este libro no es la historia completa de la Obra, que para eso harían falta volúmenes, no se puede dejar de registrar en él la fecha gloriosa de sus bodas de plata en el año 1935.

Como preparación envié una circular a todos los Centros españoles y extranjeros, dándoles los planes convenidos para la celebración. Fueron dos: **Uno mínimo y otro máximo.**

Teniendo en cuenta de un lado el carácter diocesano dado por mí a la Pía Unión y de otro el espíritu de reparación ambulante y de piedad austera y sin ruido, propuse como mínimo un plan de dos actos, que responde a ese carácter y a ese espíritu. A saber: día 4 de marzo: **DIA DE LA GRATITUD AMBULANTE.** Hacer lo posible y lo imposible porque no quede Sagrario este día sin Comuniones y visitas de Marías y Discípulos de san Juan. ¡Qué buen modo de agradecer al Corazón de Jesús los veinticinco años de bendiciones sin cuento a su Obra de los Sagrarios-Calvarios, dándole a gustar en todos los Sagrarios de cada diócesis el placer de poder decir: ¡Cómo me buscan mis Marías!

Una carta, una postal, un telegrama o una simple tarjeta dirigida a mí desde cada Sagrario en ese mismo día, ¡qué álbum tan rico, perfumado y confortador formarían!

El segundo acto: El día a elegir por cada Centro, Asamblea diocesana de Marías y Discípulos de san Juan... En estos dos actos consistía el plan **mínimo.**

En el plan **máximo**, entraba, además del mínimo, preparar solemnes actos eucarísticos en esos pueblos que visitaran, precedidos de misiones, inaugurar los Niños Reparadores [15], promover tandas de Ejercicios de Marías, peregrinaciones o actos colectivos de desagravio a algún Sagrario señalado por su mayor abandono, etc.

Inmediatamente se pusieron los Centros, y especialmente los más fervorosos, a preparar las bodas. Y ¡qué cosas tan finas hicieron con Jesús Sacramentado!...

Del número extraordinario de El GRANITO DE ARENA, que con tan fausto motivo publiqué, entresaco como notas culminantes lo siguiente:

BODAS DE PLATA

¿DE QUIÉN?... De la Lealtad con el Abandonado

124. ¡Bendito, millones de veces bendito el día 4 de marzo de 1910 en que, al lado del hermoso *Abandonado* de los Sagrarios, se presentó tímida y confiada, débil y fuerte, triste y alegre a la vez, la *Lealtad* cristiana pidiéndole y ofreciéndole relaciones de amor, fuerte como la muerte, dispuesta a todo menos a volver la espalda a la cara desairada de su Jesús!

¡Lealtad de las Marías desposada con Jesús abandonado! ¡Qué frutos de bendición para el cielo y para la tierra estás produciendo! ¡Cómo estás cambiando el aspecto y el olor y la vida de nuestros templos y de nuestros pueblos!

¿Quién puede formar estadística de números y grados de las cosas que de esas bodas han salido y saldrán?

¿Quién puede medir ni calcular lo que puede un corazón puro o purificado amando con todas sus ganas al de Jesús y espoleado por las fuerzas inexploradas de la compasión de verlo desairado?

Si no hay locura a que no se atreva el amor, ni heroísmo a que no llegue la compasión, ¿quién podrá contar las locuras y los heroísmos de los cientos y de los miles de corazones de las Marías que forman el ejército de la *Lealtad?*

En las listas que en estas mismas columnas publicamos, veréis muchas y muy elevadas cifras de Marías y Discípulos de san Juan, Niños Reparadores, Comuniones, visitas y obras de reparación y celo en favor del Sagrario. Y con ser tan elevadas esas cifras y tan para alabar a Dios y derretirse de consuelo y satisfacción, os puedo asegurar, sin el más remoto peligro de exageración ni inmodestia, que en esas estadísticas está consignado mucho menos de la mitad de lo que son y han hecho las Marías...

¿Ciento cincuenta y tantas mil Marías, dice? Poned *trescientas mil* y no os engañaréis.

[15] Juanitos, se llamaban al principio de su fundación.

¿Quinientos y tantos millones de Comuniones ofrecidas y otras tantas visitas en torno de esos Sagrarios? Poned *mil millones* y os quedaréis cortos.

¡Es tan largo el amor, el verdadero amor, para hacer y tan corto para contar!

"Cuando se ama no se cuenta", decía una madre pobre cargada de hijos, y ¡son tantas y tantas las veces que hay que avisar a Centros, que se sabe que aman de verdad y de verdad trabajan, para que *cuenten* algo!

125. Y a más de lo que directamente se hace y no se dice por las Marías, ¿quién puede medir lo que por su ejemplo, por su constante ir y venir al Sagrario, por su vivir oculto y callado como el de la Hostia del Sagrario, y por su buscar ante todo y a pesar de todos, como las Marías del sepulcro, al Jesús que fue crucificado, y por las bendiciones del Padre celestial, agradecido a lo que se hace por su Hijo? ¿Quién puede medir, repito, lo que ha llovido y llueve sobre pueblos y obras y hombres, que con ellas nada tienen que ver, de orientaciones, rectificaciones de procedimientos, destrucción de moldes y resabios jansenistas, fecundidades e industrias de celo, preparación y perfeccionamiento de elementos de acción católica, de **eucaristización**, perdóneseme la palabra, de hombres, obras y ambiente?

Tan cierto estoy y tan lleno de gratitud al Padre celestial por las expansiones que ha querido dar a la Obra de la reparación de los Sagrarios de su Hijo, que hoy, al llegar esta conmemoración, más alegría me da la *expansión* que contemplo del *espíritu* de las Marías, que la de su *organización*, con estar ya tan arraigada y extendida.

126. ¡Cuántas veces ha henchido mi alma de gozo el leer en biografías de almas selectas que han perfumado sus pueblos en estos últimos años, como causa o medio de su perfección el que *eran Marías!* Y el oír a miles de religiosas: *"soy María* y el serlo me trajo aquí". Y a innumerables párrocos: "con las Marías renové mi parroquia". Y a sacerdotes apostólicos recordando con fruición sus entrenamientos en el celo como Juan seminarista, y a Guardias Civiles y Jueces de pueblos: "desde que vinieron por aquí las Marías, apenas tenemos que hacer". Y a no pocos espíritus fuertes pretendiendo hacer un chiste: "¡con la moda de las Marías se está poniendo cara la harina!".

***

127. ¡Bien se merecen esos veinticinco años de lealtad andante, un alto en el camino para cantar en torno de sus Sagrarios el himno nupcial de sus estrofas: Primera de alabanza y gratitud al Padre, y al Hijo y al Espíritu santo por la dignación del llamamiento. Segunda, de reconocimiento sin medida de los tres Sumos Pontífices, Pío X, Benedicto XV y Pío XI, por los privilegios concedidos. A los venerables Pastores de la Iglesia por su protección y benevolencia. Y a los párrocos y directores por la caridad y celo. Y tercera, de santo, efusivo y fraternal gozo de todos los que forman esta dilatada familia, en una especie de espiritual banquete en el que nos recreemos viendo junto a las intrépidas Marías y fieles Discípulos de san Juan de toda España. A los Centros de Portugal, cada vez más fieles al genuino espíritu y organización de la Obra. A los de Roma e Italia, que tan delicadamente saben sentirla. A los de Cuba que fueron las primicias de la Obra en América. A los de Argentina, cuyos ojos aun están deslumbrados de la apoteosis eucarística y que tanto trabajaron por Jesús Sacramentado. A los de Colombia, etc., etc.

Marías, Discípulos de san Juan, que vuestro *"¡Viva Jesús Sacramentado y cada vez más acompañado!"* de vuestras Bodas de plata, sepa a estas tres frases litúrgicas:

Bendigamos al Padre, y al Hijo con el Espíritu santo.

Oremos por nuestros benefactores...

Alegrémonos todos en el Señor en estas fiestas que celebramos.